

EL GABAN.

«El traje es el sobrescrito del alma, y el fiador de la persona:»—decía un sastre extranjero por encabezamiento de sus minutas de forros y entretelas; y esta espresion, que no pasa de ser una necesidad en la boca ó en la pluma de un sastre, llegaria á ser sentencia y apotegma en la de un filósofo griego ó en la de un orador parlamentario.

En efecto, y por poco que se reflexione, no podrá negarse la influencia del ánimo en la exterioridad de la persona, que es la primera parte de aquella máxima. Llenas están las leyendas de estas relaciones vesti-fisiológicas;—desde Diógenes, que se vestía con una tinaja, hasta Mad. Sand, que gasta levita y espuelas;—desde la acera de cota de Pelayo, hasta el fino paño de Sedan de nuestros héroes modernos.

La segunda calificacion hecha del traje, esto es, la de «fiador de la persona,» es todavía mas fácil de probar; y si no hagan vds. una prueba, señores lectores: abandonen por unos días guantes y levitas; vistan chaquetas y zara güelles, calcen abarcas y sandalias; y échense luego de este modo á visitar damas y magnates, espectáculos y

paseos; verán entonces claramente lo que valen por sí solos, sin el sobrescrito del traje.

Pero en fin, reasumiendo en una ambas calificaciones, no podrá negarse que el adorno de la persona, cuando no otra cosa, puede tomarse generalmente como la expresión de la sociedad, y que bajo este aspecto el estudio de los figurines de modas es uno de los mas profundos á que puede entregarse el hombre meditador.

Prescindiendo por ahora de la simple, airosa y artística camiseta griega, de la noble y grandiosa toga romana, de las severas armaduras godas, de los vistosos yelmos y capacetes de la media edad; dejando á un lado los monótonos colorines chinos, los pintorescos ropages musulmanes, la primorosa simplicidad india, ó la ostentosa variedad pérsica;—plantémonos de un salto en medio de nuestra sociedad española de los siglos XVI al XVII, cuando terminadas ya las guerras interiores, y depuestos por la generalidad de los habitantes el escudo y arnés, formaron por primera vez una masa comun, una misma familia regida por una misma mano, y gobernada por la propia religion y leyes.

Prescindiendo de los matices locales, propios de las diversas provincias y reinos recién incorporados, ¿qué hallamos en los trages de aquella sociedad que no nos revele su índole, carácter y pretensiones? ¿No advertiremos en sus variados córtes y coloridos, sus plumages y cimerras, el reflejo aun reciente de la ostentacion oriental?—La capita en los hombres ¿no era una consecuencia del albornóz árabe?—La mantilla de las mugeres ¿no venia directamente del velo musulman?—Emblemas ambos de amor misterioso, de cortés galanteria, ¿quién no reconoce en ellos aquella sociedad arrogante y amiga de aventuras? ¿quién no ve en el primor de las plumas y bordados la

altivez y encumbradas pretensiones de los dominadores de Europa, de los descubridores del Nuevo-Mundo?

El íntimo contacto con los demás pueblos prestó por entonces al traje español una estremada variedad y riqueza, tomando de todos ellos aquella presea que mas halagaba al entonces justo orgullo nacional.—El sombrerillo de terciopelo alemán, el gregüesco cortado á la veneciana, el justillo florentino, la levitilla francesa, la gorguera flamenca, campeaban en vistosa mezcla con la capita corta, la larga tizona toledana, y el oro, plumas y las pedrerías de Méjico y el Perú.

Insensiblemente, y al paso que nuestra influencia y originalidad, fuimos perdiendo tambien nuestro traje y cambiándolo por la casaca francesa y los enormes pelucos de la córte de Versalles.—No parece sino que á la zaga de Felipe V vino una legion de sastres encargados de borrar en las personas de los españoles el reflejo de su nacionalidad, y calzarles la librea parisiense.

Por desgracia hallaron una sociedad dispuesta á vestirla.—Los elegantes de entonces, que ya no recordaban la arrogancia de sus abuelos, admiraron y recibieron con entusiasmo las rizadas cabelleras postizas, los enormes casacones bordados, las pomposas botas y guantes, los galonados sombreros de la comitiva de Felipe de Borbon; y luego de concluida la guerra de sucesion, trocaron tizonas por espadines, petos por chupas de seda, barbas por bucles artificiales, brazaletes por encages, y espuelas por hebillas.—Las damas por su parte siguieron el mismo movimiento, y olvidaron sus sayas, mantos y dengues, por los tontillós, arracadas y empolvados artificios del cabello, á la Montespan ó á la Pompadour.

Este reflejo de la córte de Luis XIV fué desapareciendo igualmente con su memoria; y ya en el reinado del segun-

do hijo de Felipe, el gran Carlos III, quiso de nuevo la sociedad española reflejarse en el traje; y surgió de improviso la capa andaluza ú árabe, aunque ya con un carácter menos risueño, sin tanto adorno ni colorin; pero manejada siempre con igual desembarazo y gentileza; acompañábala entonces el sombrero chambergo que recordaba las antiguas glorias españolas; y en las damas la basquiña y mantilla elegante, airosa, y peculiar emblema de nuestro suelo, se elevaron por entonces al mas alto punto de esplendor.

Todavía, es verdad, andaba alternado todo esto con resabios de la moda estrangera; todavía se dejaba ver aquella indecision propia de sociedades á medio traducir; y al paso que los *currutacos* y la masa del pueblo vestian chupetin y redecilla, calzaban zapato y cubrian su cabeza con sombrerones, los *petimetres* y grandes señores guardaban todavía respeto hácia la casaca bordada de sederías, la honrada chupa y el clásico espadín.

Pero vino Napoleon (que era un buen sastre), y á toda Europa la uniformó.—Nuestros soldados perdieron coleta y botines, sombreros tricornios y arcabuces, y recibieron *dolmanes* y chaquetas francesas, *schakos* polacos y fusiles ingleses.—El paisano, siguiendo aquel movimiento de uniformidad militar, adoptó generalmente el pantalon y el *frack*, y la elegante dama ostentó sus atractivos á favor de los pliegues de la *dulleta* y el *citoyen*.

—Los *petimetres* habian destruido á los *currutacos*; los *elegantes* acabaron con los *petimetres*.—

Desde entonces, y luego que pasó la época marcial de Napoleon, se empezó á reflejar en el traje la incertidumbre de las ideas, la inconstancia del siglo nuevo, la ausencia de pensamiento dominante, en las instituciones, en los libros, en la tijera.

Mientras llegaba el caso de inventar algo de nuestra propia cosecha, continuamos recibiendo todos los correos la moda parisiense, envuelta con las leyes políticas, con los gustos literarios y con las aplicaciones científicas.— Pero esta obligacion envolvia una trasformacion tan continuada, que mas parecíamos arlequines que gente formal;—por ejemplo, cuando los *lechuguinos* (que así nos llamamos los sucesores de los petimetres) nos hallábamos muy orondos con nuestros pantalones ajustados y botas á *la bombé*, con nuestros talles altos y peinados á *la girafe*, de pronto venia de París la orden de ensanchar las bragas, y aplastar las botas, de bajar el talle, ó arruinar el moño;—al siguiente dia nos intimaban los ingleses sus enormes batas con carteras, y al otro los poloneses sus elegantes levitines de cordonadura; sus pieles los rusos y los italianos sus grós.—Y no habia mas remedio que seguirlos á la carrera; porque, desgraciado el hombre ó la muger (entonces no se decia la muger, sino *la señora*) que al dia siguiente de promulgada la moda de los frakes *pistachos*, ó de los *spencers* junquillos, se dejaba ver en el Prado infringiendo la orden; que no necesitaba mas para perder su reputacion y ahogar, como ahora se dice, *su porvenir*.

De este modo, y como movidos al impulso de mágico talisman, vimos desaparecer en una sola tarde todas las altas peinetas de concha; todas las botas de campana; todas las levitas de cúbica; todas las basquiñas de alepin morado. Así como impusimos á nuestros caprichos los nombres de las cosas y de las personas de la época; diciendo *carrikes* á la Wellington, barbas á la Bergami, peinados á la Quiroga, gorros á la Navarino, y levitas á la Montresor.

Esta época de la moda era, si se quiere, ridícula; pero en fin, era variada; carecia de idea; pero andaba á caza de

todas; era traducida; pero de todas las lenguas y no de una sola.

Al través de todas estas circunstancias descubriase en los rigoristas un pensamiento, que revela también el de la sociedad: y este pensamiento de acuerdo con el sentimiento natural, era el deseo de parecer mejor, de embellecer la persona con afeites y atavíos.—Fue pues esta la época del similar y del abalorio, así como la anterior lo había sido de los diamantes y el oro macizo.

Hasta que vinieron los Hugolatrás, y de una plumada suprimieron los peluqueros y rapistas, dejando crecer barbas y greñas á placer: por otro decreto anularon la camisa ó la eclipsaron con la corbata: hicieron inverosímil el chaleco: desdeñaron cadenas y oropeles, y solo transigieron por la decencia con una modesta y abrochada levita.—Ya desde entonces todo hombre tuvo á gala parecer de siniestra y fea catadura; y la palidez mortecina, los largos bucles y los anchos pliegues de las damas, fueron sustituidos al ajustado corpiño andaluz, al rodete chinesco, ó á la rosita simbólica de la sien.

Por último, de supresion en supresion, los hombres hemos ido suprimiendo hasta llegar al *gaban*, que no es mas que un pretesto para ir en camisa; siendo de suponer que siguiendo esta progresion, lleguemos muy pronto á los mandiles indianos ó á la hoja de parra de nuestro padre Adán, que es mas fresco: únicamente conservamos seriamente los guantes amarillos, que es lo suficiente para lo que entre nosotros se llama *ir vestido*.—Las damas (ahora se dice *las mugeres*), han seguido un sistema contrario, y en lugar de suprimir, han ido adicionando á sus personas, en términos que si antes necesitaban seis varas de tela para su vestido, ahora gastan diez y ocho, y otras tantas de *crinolina* (léase *miriñaque*) para el armazon,

con lo cual hay que andarlas adivinando como por entre tela de cedazo; y todas tienen el aire de campanas ambulantes, ó de hormigas en dos pies.

Reasumiendo.—Hemos visto á nuestro siglo de oro, representado por las gallardas armaduras y los preciados jaeces; tomando estos sus diversos matices de todos los pueblos en que España dominaba;—la bordada casaca y los empolvados bucles representaron despues fielmente á un siglo de prestada bambolla, y de postizo y estrangero artificio;—la capa y la mantilla revelaron luego la verdadera índole de la sociedad puramente española;—el frack uniforme despues, la influencia militar;—la variedad interminable de los trages, la inconstancia posterior de las ideas;—por último, hemos llegado á una época en que no hay creencia en la moda, como no la hay en política, ni en literatura, ni en nada: reina en ella la anarquía, como en la sociedad; se afecta la grosería y el feo ideal, como en las acciones; se encubre la vaciedad á fuerza de tela, como la falta de razon á fuerza de palabras; por último, se ha destruido toda gerarquía, se han nivelado y confundido todas las clases, como en el mecanismo social.—La sociedad del dia está, pues, simbolizada en *el Gaban*.

1840.

CUATRO PARA UN HUESO.

Hasta los tiempos que corren se ha venido repitiendo, y no sin razon, que una de las grandes calamidades que han influido en el decaimiento de nuestra España, era el furor que á todos aquejaba de lanzarse á los empleos públicos; y para esplicarnos con una palabra técnica y popular, la *empleomania*.—Que ella alejaba de los estudios útiles, de los campos y talleres á una inmensa masa de ciudadanos, los cuales hallaban mas cómodo asegurar su subsistencia, y adquirir honores á trueque de un trabajo material ó limitado, que romperse la cabeza en sólidos estudios ó en mecánicas faenas, para abrirse paso á una de las pocas carreras llamadas independientes.—Y que, en fin, el halago de los oropeles cortesanos, la ambicion de las altas posiciones en la escala social, sacaba de su quicio á la imaginacion mas modesta, y la hacian desdeñar otros caminos por este, que se apellidaba el camino real de la fortuna.

Ahora, bendito Dios, sucede todavía lo mismo; pero acontece con esto como con todas las costumbres inveteradas, que duran aun largo tiempo despues de haber desaparecido el objeto: como en aquellas romerías que el

pueblo sigue por rutina, aun despues de haber dejado de existir el santuario; como aquellos paseos de viejo celibato ante los cerrados balcones de su pasada beldad.

Con efecto, la manía sigue; pero ha desaparecido el empleo; la romería progresa; pero quedó allanado el santuario; la adoracion existe; pero ha huido del templo la deidad.

Y véase de qué modo indirecto, providencial y digno de todo encómio, hemos llegado, ó vamos á llegar al punto término tan ansiado de economistas y filósofos, al punto en que los empleos sean tan poco ansiados, que haya que imponerles bajo multas y apercibimientos.

Todo esto se ha conseguido por medio de un ingenioso mecanismo, que no se sabe qué admirar en él mas; si la sencillez del procedimiento, ó el poco discurso de nuestros mayores, á quienes les fué desconocido.—Este descubrimiento mágico y sublime está dicho en dos palabras:—descubrimiento contra la avaricia.—Anular el valor de la moneda.

En primer lugar ha desaparecido á fuerza de manosearle el barniz aristocrático de los cargos públicos, con la simple operacion de levantar su estanco, quiero decir, con ampliar á todo el mundo el innato derecho antiguo de ciertos nombres, de ciertas familias, de ciertas condiciones.—Esto es muy justo, y hoy dia, sin necesidad de pruebas de nobleza, de saber, ni aun de probidad, puede cualquier hombre, siquiera sea un vendedor de fósforos, ó un sastre remendon, echar el ojo á aquella plaza que mas le cuadre, y embestirla de frente; que por poco que acometa, de seguro la ha de rendir.

Luego las hemos declarado todas *al quitar*, y no perpétuas, como antes; con lo cual cada quisque puede tener el gusto de saborear por cuatro ó seis meses una

escelencia ó señoría, y dejar luego el puesto al segundo galán.—Con este ingenioso procedimiento ha desaparecido también la golosina del uniforme; porque necio será el que gaste en hechuras y bordados, para tres ó cuatro representaciones que le tocan en esta farsa; pudiendo alquilarlos por días en la plazuela de Santa Ana, ó en las roperías de la calle Mayor.

Seguidamente, hánse reducido los emolumentos á tablas de proporcion; por ejemplo:—Tiempo de servicio, seis meses. Item de abono, dos.— Los cuatro restantes se inscriben en el gran libro del destino, y el destino los guarda allí.

Por último, y para complemento de este mecánico sistema, se ha subdividido cada empleo en cuatro lotes, ó sea mas bien en un premio y tres *accessit*, á saber:—empleo de presente,—empleo de pasado,—empleo de futuro,—sobresaliente á empleos;—ó sea dicho de otro modo: el poseedor, el pretendiente, el jubilado y el cesante.—Los últimos viven de memorias, el segundo de esperanzas, y el primero de caridad.—*Cuatro para un hueso.*

No sé yo cómo se atreven á decir nuestros dramaturgos que no encuentran en nuestra sociedad tipos originales que ofrecer en el teatro.—Si ellos la estudiáran con la conciencia de filósofos, si ellos no desdenáran sus naturales caractéres por las inverosímiles creaciones é insustanciales peripecias de sus novelas dialogadas, á fé mia que habian de encontrar tantos y tan variados cuadros, tantos y tan nuevos colores en esta España que se deshace, como en la ya hecha supieron hallar Cervantes y Calderon, sin necesidad de acudir para ello á las consejas convencionales de Scribe, ni á los fantásticos abortos de Dumas.

Y sin salir de nuestro argumento de hoy, ¿de qué

sociedad sino de la nuestra, podrían copiar un pretendiente sin mas méritos que el de serlo, y un cesante con ellos, un jubilado de por vida, y un poseedor sin posesion?

Y ¿no es tipo único el de un hombre trepando cuestras y arrostrando tempestades, para llegar á una altura adonde sabe que no existe mas que un árido arenal?

¿No es grupo interesante el del colegial que envidia al funcionario, y el funcionario que echa miradas ávidas á la modesta ortera del colegial?

¿No hay algo de cómico en el retirado que estira los años de su servicio, y el poseedor que tiene que acortarlos para equilibrarlos con el presupuesto de ingresos?

¿No son del género sentimental la viuda y el huérfano que elevaron un Monte de esperanzas, y á dos por tres le vieron convertido en un Valle de lágrimas y desengaños?

En todos los países hay,—se nos dirá,—pretendientes y empleados;—sí, responderemos; pero en aquellos, para serlo han de preceder estudios, méritos ó servicios; y aquí de nada de esto se necesita.—Allí, una vez conseguido el empleo, basta cumplir con su obligacion para conservarle, y aquí es lo suficiente para quedarse sin él:—allí los años tienen doce meses, y los meses una mesada. Y aquí hay al cabo del año cinco mesadas ó seis; allí hay una tajada mas ó menos grata para uno solo; y aquí hay por lo menos cuatro para un hueso á medio roer.

Ahora bien, señores dramáticos, ¿no hallan vds. en estos tipos aquella originalidad, aquella *vis cómica* que tanto pregonan?—Pues entonces reniego de su ojo dramático, compren un Taboada, y métanse á traducir.

LAS TRADUCCIONES.

La manía de la traducción ha llegado á su colmo.—Nuestro país, en otro tiempo tan *original*, no es en el día otra cosa que una nación *traducida*.—Los usos antiguos se olvidan, y son reemplazados por los de otras naciones; nuestros libros, nuestras modas, nuestros placeres, nuestra industria, nuestras leyes, y hasta nuestras opiniones, todo es ahora *traducido*.—Los literatos, en vez de escribir de su propio caudal, se contentan con traducir novelas y dramas extranjeros; los sastres nos visten á la francesa; los cocineros nos dan de comer á la parisiense; pensamos en inglés; cantamos en italiano, y nos enamoramos en griego; los médicos nos matan por el sistema de *Broussais* ó de *Hannheman*; los legisladores nos hacen felices con *bills de indemnité*; y hasta los nombres de *Pericos* y *Pendangas* hemos cambiado por los mas cantábiles de *Arturos* y *Carolinas*.

Todo ciudadano español traducido del francés que esté *al corriente* de este *modo de ser*, de estas *maneras sociales*, debe sentir allá en sus adentros ciertos impulsos traducomanos que han de darle en qué pensar.—Y yo, que para servir á vds. pienso ahorecar mi originalidad en

las aras de la moda vigente, púseme á discurrir dias atrás en uno de estos *apartes* que suele tener todo escritor, sobre qué lengua escogería como blanco de mis iras, diciendo poco mas ó menos:—«Señor, el traducir del francés, es bastante socorrido; pero son tantos ya los que lo hacen, que apenas salen á lector por barba; el italiano tan solo sirve, segun parece, para la música, y entonces la gracia consiste en entenderlo mal y pronunciarlo peor: el inglés.... ¡es tan peliagudo esto del inglés!... además que los ingleses apenas escriben comedias, que es lo que importa: el alemán, el ruso.... ¡vaya usted á entender estas lenguas de perros! el portugués.... pero ¿qué se ha de traducir del portugués? Pues luego, ¿qué traduciré yo?...

¿Traduciré del tonto algunas traducciones de Barcelona y no pocas de Madrid que han quedado mas gabachas que antes de pasar los Pirineos?—No; porque para traducir del tonto es preciso entenderlo.

¿Traduciré al sentido comun las crispaciones políticas ó los ensueños fatídicos de los vates no comprendidos?—Tampoco; porque entonces nadie los querría comprender.

¿Traduciré de la germanía política los discursos de fondo de los periódicos?—Menos: porque entonces acaso vendrían á decir lo contrario que sus autores quisieron.

Pues entonces, ¿qué traduciré? ¿El galimatías de aquel abogado, la gerga de este médico, ó las hipérboles del otro orador?

Pero en fin, en medio de este soliloquio, ocurrióme una idea, y fué que la mas útil traduccion, y la menos usada, es la del lenguaje figurado al sentido genuino, porque si como decia alguien:—«el don de la palabra ha sido dado al hombre para disfrazar la verdad,»—era hacerle un no pequeño servicio ocuparse en un cómodo dicio-

nario fraseológico para el uso de la sociedad.—Ejemplos:
 - Cuando oigo á don Pánfilo hablar mal de gobierno y sistemas; fruncir el labio al oír nombres ó discursos, y lastimarse del estado misero del país, *traduzco* que don Pánfilo es cesanté, ó pretendiente á empleos.

Quando veo á don Próspero echarla de rancío españolismo; y ostentar los adelantamientos y el magnífico porvenir de nuestra patria, pienso *traducir* que don Próspero está traduciéndola en provecho suyo.

Muchas veces *traduzco* la opinion de los hombres por su trage y porte, porque es imposible no pertenecer á la oposicion el que no tiene coche, y aun escasamente para zapatos.

Si un amigote de estos que uno tiene, y que no sabe cómo se llaman, viene un dia haciéndome cortesias, alabando mis escritos, sonriendo á mis palabras y dándome á todas la razon:—«Este hombre (*traduzco*) va á pedirme dinero.»

«Usted me confunde con elogios que no merezco» (me dice don Hermógenes cuando me estoy riendo de él).—*Quiere decir*, «Vd. me tributa los elogios que yo le exijo.»

Un sugeto me hablaba el otro dia de que habia visto tantas tierras y cuantas ciudades: que habia andado cincuenta y mas leguas diarias, en Francia, Inglaterra y Alemania, de noche, de dia, y sin descansar.—Le pregunté de costumbres, me habló de postillones; le hablé de ciencias, me contestó de posadas; le pregunté la historia del país, y me describió sus trages... «Este hombre, *traduje*, ha viajado como un baul.»

¿Cuántas varas necesito para una levita?—Hay opiniones: tantas segun el señor tal; cuantas segun el señor cuál.—*Traduccion libre*.—El señor Tal es menos traducido que el señor Cuál.

—«¡Que tonta estuvo anoche la Paquita!»—(Dice doña Mencía con intencion.) Y yo *traduzco*.—La Paquita estuvo ayer mas hermosa y obsequiada que otras noches.

—«Desengáñese Vd., se ha perdido el gusto; el público es ignorante» dice don Eleuterio.—*Traduccion literal*.—El público cree que el ignorante es el autor.

—«Disimule vd., no tengo suelto» *quiere decir*.—No quiero soltarlo.—«¿Por qué se marcha vd. tan temprano?, *puede traducirse*: Váyase vd. cuanto antes.»—El hablar del tiempo frio, suele ser temporal frialdad de la conversacion.—A veces las convulsiones de Narcisa pueden traducirse por *antojos*;—las cortesías de don Silfido, por *memoriales*;—las ocupaciones de don Cornelio, por *condescendencias para con su esposa*;—la amistad de don Cenon, por *impulsos de su estómago*;—y á veces escribir un artículo como el presente, lo *traduzco, emborronar papel*.

1840.

EL INCENSARIO.

MUSICA CELESTIAL.

«Hemos dado en la flor de alabarnos
los unos á los otros.»

MORATIN.

La perfeccion social va creciendo entre nosotros, en términos que no es fácil averiguar adónde vamos.

Cuando hayamos acabado de fijar (que ya nos falta muy poco) cuál es la mejor forma de gobierno posible.—Cuál es la sociedad mas adelantada, mas feliz, mas justa, mas inteligente.— Cuando todo hombre se resuelva en derechos, y no le aqueje ningun pícaro deber.— Cuando, en fin, esté probado, como dos y dos son cinco, que no nos equivocamos, ni en materias religiosas, ni en achaques políticos, ni en cosas de ciencias, literatura y artes.—Entonces ¡oh! entonces (digo yo para mi capote) ¿qué es lo que va á pasar aqui?—¿Y qué les dejamos que saber ó qué gozar á los que vendrán despues, si tanta prisa nos damos los presentes á gozar y sabérnoslo todo?

Por fortuna este término no está lejos, y casi casi da gana de pensar que estamos, como quien dice, tocándolo con la mano; y que no ha de mediar el feliz siglo décimo nono sin que hayamos resuelto el problema de reducir al país á un estado de beatitud diáfano, transparente, vaporoso y fantástico, en que todos seamos sábios, ricos, justos y benéficos, y la España entera un paraíso de Adanes, menos las serpientes y los camuesos.

Por de pronto hemos descubierto que todos somos sábios ya. —Que nuestras obras prosáicas y poéticas, periódicas y fijas, sólidas y líquidas, son todas admirables, inimitables, inverosímiles, enormes y patagónicas.

Y no hay que tomarlo á pulla, señores lectores; que somos nosotros los que se lo decimos; y cuidado con lo que nosotros digamos, porque ya se sabe que somos los órganos de este coro.

No, sino acérquense á cualquiera de las honradas librerías de esta heroica capital, y á trueque de algunas monedas de vellon, y de tales cuales malas razones del librero, tómense la pena de repasar las columnas de los periódicos diarios, terciarios, hebdomadarios, quinceños, mensuales ó trimestrinos.

Verán en todos ellos consignada nuestra opinion sobre nuestras propias opiniones.—Miraránnos estasiados de inefable placer al recomendar al lector pagano nuestros propios escritos.—Observarán (si no lo han por enojo) que mirados bien, todos somos hombres grandes, genios *no comprendidos*, colosales, piramidales y chimboráceos.—Que en comparanza nuestra, Homero y Cervantes eran dos monaguillos.—Que aquí, donde nos ven, todos somos *distinguidos*, y ninguno soldado raso.—Como si dijéramos, licenciados, arciprestes, doctores en letras, en artes, en invencion.

Sabrán de oficio que todos tenemos nuestra *mision*. —Cuál de revelar á España los sucesos que han pasado por ella en los términos que nosotros queremos que debieron pasarla. —Cuál de pintarla pindáricamente el grado de felicidad que alcanza, para distraerla de sus dolores, y ahogar sus gemidos con nuestra *música celestial*. —El uno, de adormecerla con el suave narcótico de sus fragmentos poéticos, que si no tienen principio, tampoco se les ve el fin. —El otro la de hacerla el *bú* con sus peripécias dramáticas, sus mónstruos coronados, sus amantes sombríos y sus hidráulicas víctimas.

La crítica, que en tiempos fatales, ominosos, ignorantes y nimios, andaba armada con toda una espetera de crisoles, compases, anteojos y escalpelos, ha debido tomar el portante y marchar á otros países, v. gr. Alemania, Prusia ó Inglaterra, donde todos son pobres petates; y dejarnos á nosotros que nos midamos y pesemos á nuestro antojo y segun nuestro leal saber y entender.

Nosotros, entonces, nos hemos declarado *en junta*; hemos abreviado el ceremonial y convertido el crisol en *incensario*, pasándolo mútua y cordialmente de mano en mano, con un ejemplar de nuestros escritos; para quemar, no estos, sino en obsequio de ellos, ya el arabesco incienso ó peruana vainilla, ya la rústica juncia ó el honrado espliego.

Pero todo esto con cierta solemnidad y prosopopeya, entonando al compás del oscilatorio pebetero cánticos de *hosanna*, estrambotes y aun estrambóticos de... «*Ecce homo*» «Mirad al hombre grande, fantástico, rutilante, providencial; escuchad su voz; admiradle, profanos, glorificadle, encarecedle, y sobre todo, comprad su obrilla, que no hay mas que pedir. Véndese en la librería de... Cuesta 14 reales.»

El público, el pobre público, aturdido, atortolado, asfixiado con aquel humo, con aquel incienso, con aquel ruido, corre de aquí para allí, y se empina de puntillas, y enristra los anteojos para descubrir al gigante,—y acierta á distinguirle allá arriba, muy arribota, en hombros de los demas, tamaño como un cañamon.—Con lo cual da al diablo su miopia y catalejos; y luego corre á buscar el camino de la librería para adorar á aquel dios en su templo.—Pero .. ¡oh veleidad!—No bien ha dado tres pasos, cuando ya va diciendo para sus adentros.—«¡Eh! ¡qué diablos! lo mismo decían de mi vecino, y es un porro.»

Con esto, y con ver cruzar á la sazón á una picara rapaza de diez y ocho abriles, con dos ojuelos brillantes como luceros, ó sentir al pasar por la plaza el olorcillo de los jamones de Caldelas ó de las truchas del Barco de Avila, luego al punto pone en olvido al pregonado autor, y corre á colocar sus monedas en manos de la niña retozona ó del honrado mercader.

Sin embargo, despues de regalarse con la carne ó el pescado en cuestion, quédale todavía un ruido sordo, un cierto rum rum de la pasada pesadilla; y va repitiendo *gratis et amore* á todo el que quiere oirle que «Fulano es un grande hombre,» «que sus obras son muchas obras» y...—¿Las ha leído vd.?—No señor, pero...—Yo tampoco.

Entretanto el *incensario* quema que te quemarás; y no bastándole ya los aromas pérsicos ni los tomillos de la Alcarria, quema ajos y cebollas fritos en aceite, con que promueve en el concurso una tosecilla seca, que déjelo vd. estar.

Y luego coge uno de los acólitos incensadores cualquiera trozo de la obra incensada, y se lo encaja al pú-

blico echándole en el incensario, que es lo mismo que dar con él en las narices al autor.—Por cierto que el olorcillo que suelen dejar los tales papeles, no es de lo mas grato, que digamos; con que se arma allá arriba una nube de vapores de hombre grande, que el diablo que aguarde su resolucion.

Y sigue la rueda, y continúa el bamboleo; y entre cánticos y silbidos, castañetas y repiquetes, queda dormido y narcotizado sobre rosas el embalsamado autor, al tierno arrullo del *rondó* final; EN MARCHÉ.

Hoy por tí
mañana por mí:
solos nosotros valemos aquí.

CORO.

Incensémonos,
incensémonos,
porque es bien que nos incensémonos.

pliego echándole en el incensario, que es lo mismo que dar
 con él en las narices el autor.—Por cierto que el olor
 cillo que saquen de los tales papeles, no es de lo más
 grato que digamos; con que se arma allí arriba una nu-
 be de vapores de hombre grande, que el diablo que
 aguarda su resolución.

Y sigue la rueda y continúa el bamboleo; y entre
 cánticos y alabidos, castañetas y repiquetes, queda hor-
 mido y narcotizado sobre rosas el empalmeado autor,
 al tierno arrullo del toro final:

Hoy por ti

mañana por mí:

sólos nosotros vivimos aquí.

Coro.

Incensámonos,

incensámonos,

porque es bien que nos incensámonos.

Sin embargo, después de haber cantado esto, se
 repite el mismo estrofa, no sé si para que se
 y se alabara el autor, o para que se alabara
 que esto es un gran error, y que no se debe
 cantar, sino que se debe cantar, pero
 —

Y después de esto se canta una copla que se quita
 se cantando en los incensarios, y se canta en
 se canta en los incensarios, y se canta en
 que se canta en los incensarios, y se canta en
 se canta en los incensarios, y se canta en
 Y luego se canta una copla que se quita
 que se canta en los incensarios, y se canta en

DE SANTIAGO A SAN JUAN,

CRONICA DE UN AÑO EN MADRID.

1851—1852 (1).

JULIO.

GACETILLA DE LA CAPITAL.

A las páginas tercera ó cuarta de los diarios mayúsculos y políticos, apoyando su izquierda en los decretos y actos oficiales del gobierno, y su derecha en las observaciones del termómetro atmosférico ó del bursátil:—ostentando á su frente el nombre del Santo del día y las festividades religiosas que la Iglesia celebra;—dejando á retaguardia las lujosas discusiones del parlamento; los comentarios y paráfrasis de la situación política palpitante; los discursos *del fondo* de la redacción; los piropos mútuos por todos los tonos de la lira; las novedades políticas tan

(1) Esta serie de artículos que forman una crónica mas ó menos fantástica ó humorística de nuestra capital, fueron escritos para el periódico titulado LA ILUSTRACION, desde julio de 1851 á

nuevas como un nuevo protocolo alemán, una nueva constitución francesa, ó un nuevo pronunciamiento del fidelísimo reino de Portugal;—y escoltado en fin, por los interminables catálogos-ómnibus de la empresa mercantil de Saavedra y de Riberolles, aparece diariamente bajo el epígrafe que arriba cuelga, una estimulante y sustanciosa sección, destinada á poner en conocimiento del piadoso lector todos aquellos episodios, incidentes, lances, percances, chascarrillos y alevosías de que fueron teatro har-to plebeyo en veinte y cuatro horas anteriores las calles y encrucijadas de la noble y heroica capital.

Si será interesante al público paladar esta variada y espléndida menestra, salpimentada además por festiva pluma, y servida con cierta coquetería de adminículos, ribetes y farfalares, á guisa de *entremets* en el opíparo banquete de la prensa política, no hay para qué estamparlo aquí.—Baste decir que á beneficio de este periódico mecanismo, entran, como hoy suele decirse, en el *dominio público* y en el *terreno de la discusión* instantánea y simpática, todos aquellos amables episodios, todas aquellas inocentes fechorías que tal vez no alcanzaron en el momento de su realización otros testigos que la víctima muerta ó el asesino fugado; que el perro que rabió, ó que el párvulo perdidizo; que la muger apaleada, ó que el marido envarado; que el caballo atropellador, ó que el sereno

junio de 1852, y son los únicos en que durante los treinta años que há que el autor se ocupó en describir festiva y moralmente nuestros usos, nuestras costumbres y caracteres sociales, se permitió contraerse á hechos materiales, ó históricos, á nombres propios y determinados.—Pero como por la manera especial con que hubo de reseñarlos, y por la índole general y permanente que procuró dar á sus breves artículos pudieran acaso ofrecer algún interés en su lectura, ha creído deber conservarlos, reproduciéndolos en este *rebusco* de sus obrillas festivas.

dormido; que el robado indefenso, ó que el *póstumo* salvaguardia de seguridad (S. P. Q. M.)

Y dicho se está el sabroso estímulo, la sal aperitiva, que para todo pío ó impío lector ha de llevar consigo aquella dramática crónica; ya se atienda á la *vis cómica* de su interés intrínseco, ya al ribete gustoso que suele prestarla el nombrecillo propio, el conocimiento de la localidad, lo variado y fecundo de las peripecias, y hasta el estilo de remoquete en que, con la mas sana intencion, suele estar hecha la narracion del caso por el benévolo redactor gacetillero.

Este, en nuestra actual organizacion social, en los adelantamientos de nuestra moderna cultura, ha venido para el caso á reemplazar ó sustituir en aquella parte de sus funciones al barbero ó al peluquero que nuestros padres gastaban para rasurarse la cara ó para empolvase el tupé, instruyéndose al paso de boca de aquellos amables y populares Fígaros, en todas las *ocurrencias* ocurridas en plazas y callejuelas el dia anterior.—El *cuarto poder del estado*, ó sea la prensa periódica, á beneficio de la ilustracion y progreso de la época, ha venido á tomar á su cargo aquella augusta mision, poco decorosamente cometida en tiempos añejos á los dichos peluqueros y rapistas.

Además de la curiosidad satisfecha, se interesan vivamente en la diaria publicacion por medio de la imprenta de estos *proverbios dramáticos* la moralidad pública, y la privada reputacion, como que seria un grave mal para el pais ignorar—que en la casa tal fué sorprendido un juego;—que el zapatero cual apalea á su muger;—que la del tendero de la esquina se escapó con el sastre del portal;—que á Fulano le mordió un perro;—que á Zutano le parió la gata;—que mañana se casa Fulanito con su novia;

—ó que Zutanito bailando la polka se torció un pié;—y si para cerciorarnos de esta verdad, y para convencernos de aquella conveniència, escogemos aqui algunos de estos lances ó episodios dramáticos imitados de nuestras publicaciones mas ó menos *graves*, formarán nuestros lectores una idea aproximada de la moraleja y suave leccion que destilan; hélos aqui:

—«*Don F. de T.* (aquí el nombre con todas sus letras) habitante en la calle de... y empleado en.. por mas señas, sorprendió anoche de vuelta del teatro á un galan anónimo, cenando mano á mano con su muger. Esta, para ponerse á cubierto de las iras de su esposo, se salió al balcon con ánimo de arrojarse á la calle; pero no lo hizo por fortuna, si bien dió lugar con su estratégico movimiento á que el galan encerrase con llave al marido y se escapase luego con aquella. En medio del tumulto que estas ocurrencias ocasionaron en la casa, apareció el celador del barrio y los municipales, y no habiendo habido á la muger fugitiva ni al galan raptor, echaron mano del marido y le pusieron á disposicion de la autoridad.»

Vaya otro.—«*Por el celador del distrito de... han sido* recogidas Asuncion Tal, y Asuncion Cual, (alias Las Uniones) mugeres de mala vida, prostitutas, licenciosas y públicas rameras que recibian á todas horas del dia y de la noche á los aficionados, en la calle de... número... cuarto bajo, casa de doña Claudia la Corredora, que continúa mereciendo la confianza del público sensato.»

—«*El de la demarcacion de... sorprendió en la noche de* ayer una tertulia licenciosa en que se ejercitaban los concurrentes en toda clase de supercherías, rifas, y juegos de

azar. Hé aquí la lista de los sugetos comprendidos en aquella escandalosa reunion con sus nombres, y apellidos, y delitos que han cometido.»

—«*Fulana de tal, de estado honesto, que vivia amanecada con don F. de N., vecino de esta córte, ha sido presa y mandada de justicia en justicia á su pueblo con las notas convenientes para que ponga á cubierto su reputacion.*»

—«*Igualmente ha sido entregado ó disposicion de la autoridad el maestro zapatero Crispin Correa, por haber amenazado con muy malos modos á su muger Dionisia Mandiles, de que resultó, entre otras cosas, romperla la cabeza, á consecuencia de lo cual falleció á las pocas horas en el hospital.*»

—«*Ayer á las cinco de la mañana se verificó en público en el paseo de las Delicias el lance de honor que tenían pendiente los señores tal y tal: siendo padrinos respectivos los señores... y no habiendo por fortuna resultado desgracia alguna, antes bien satisfechos ambos combatientes de su mútua destreza, concluyeron el encuentro en un magnífico almuerzo en la fonda de Prosper. etc.*»

(Esto en cuanto á la moraleja de las *chispas*: en cuanto al interés, ó á la curiosidad ó á la conveniencia pública, véanse las siguientes):

—«*En la tarde de ayer fué atropellado inhumanamente por un coche de plaza un perrito inocente de la casta habanera que se hallaba durmiendo tranquilamente en medio del arroyo. No cesaremos de clamar uno y otro dia contra*

estas continuas catástrofes, ocasionadas por el deplorable abandono en que las autoridades tienen el cumplimiento de sus deberes.»

—«*Ayer jueves se promovió en la fuente de Cabestros una disputa acalorada entre los criados de las casas inmediatas y los aguadores, sobre llenar los botijos de aquellos: estos los llenaron de improperios y los otros apelaron á la defensa natural, quebrándolos en sus cabezas y reclamando despues daños y perjuicios.*»

—«*Por el celador de las afueras ha sido conducido á la cárcel de Villa un hombre anónimo, por hallarle tendido en una loma durmiendo sin documento que le acredite.*»

—«*Avisado el del barrio de..., por el habitante de la bohardilla de la plaza núm.... don F. de T. de haber sido robado completamente de alhajas y enseres, este dispuso inmediatamente proceder á la captura del ladron, que hasta la hora presente no ha podido ser habido, ni el menor indicio de su paradero.*»

—«*Ayer tarde á las cinco y cuarenta y dos minutos se cayó del tejado del piso sétimo de la casa núm.... calle de Cuchilleros, un gato negro rabón, quedando en el acto cadáver difunto.*»

—«*En la madrugada de hoy hemos sido testigos de un suceso lamentable que ha dado ocasion á terribles desgracias. Hallándonos de madrugada tomando el fresco en nuestro balcon, vimos cruzar sobre nuestras cabezas un extraño meteoro, una vision luminosa á manera de culebrina, que cayendo rapidamente sobre el almacen de ma-*

dera de la calle de... le incendió en el instante, sin que bastáran á contener sus estragos los esfuerzos de los vecinos, y de la multitud de gentes que se agolpó al momento en el sitio de la catástrofe. Entre otros episodios lamentables que presenciamos, fué uno el de una criada que se estrelló en la calle arrojándose por el balcon, y el esfuerzo heroico del sereno del barrio que salvó á una jóven por el tejado.»

(Al día siguiente todos los demás periódicos copian al pié de la letra el párrafo en cuestión. «*En la madrugada de hoy hemos sido testigos etc.*» Todos lo presenciaron, todos estaban al balcon tomando el fresco, todos vieron la vision, el fuego y los episodios. Pues es el caso, que ni tal fuego, ni tales episodios hubo, y que todo fué un rato de broma que se permitió el gacetillero inventor.)

Otras veces la *gacetilla*, prescindiendo de estas licencias poéticas, y no contenta tampoco con el modesto papel de coronista de hechos mas ó menos consumados, entona el canto por otro estilo;—y con ciertas ínfulas de edil tribuno del pueblo, denuncia á las autoridades los abusos lastimosos que observa en la administracion de la villa, exalando sus sentidas quejas y parodiando el «*Quousque tandem*» porque la vecinita del cuarto 2.º anda en telégrafos eléctricos con el pollo del principal;—porque el sereno del barrio algo turbado por el mosto se sentó en un poyo á descabezar el sueño;—porque la carretela del título A... no llevaba anoche encendido el farol;—porque la yegua del banquero B... se encabritó ayer tarde orillas del canal;—porque la codorniz de la dueña, ó el loro del indiano no le dejaron dormir la siesta á la gacetilla;—porque los tenderos de enfrente se salen á la puerta á tomar el sol,—ó porque los mozos de la esquina se tienden á la

sombra:—porque el organillo del italiano toca la tirolesa de Guillermo Tell, ó los harpistas franceses destrozaban cordialmente el *Bell alma innamorata*;—porque ladraban los perros, ó los chicos de la escuela jugaban al toro en la plazuela de Santa Cruz.

Y tomando ocasion de todos estos abusos, la celosa gacetilla se pronuncia enérgicamente contra las vecinas y los pollos; los serenos y las tabernas; los títulos y las carretelas; los banqueros y las yeguas; las codornices y los loros; los tenderos y los mozos de cordel; el sol y la sombra; el organillo y las arpas; los perrós y los muchachos;—contra todo el mundo en fin:—y por consecuencia exhorta y *reclama* de la autoridad que prohiba señoritas; que suprima galanes; que anule serenos; que mate perros; que deje cesantes á los caballos; que haga desaparecer las yeguas; que ahogue los loros, codornices y demás avechuchos parleros y cantantes; que amortice títulos y consolide banqueros; que cierre las tiendas; y haga marchar á Asturias á los mozos de cordel; á la Inclusa los chicos; y al infierno los bardos de las harpas ó los Orfeos del organillo.—Con lo cual quedarían regularmente amenas las calles y plazas de la populosa córte y dotadas del aseo, silencio y compostura de un Falansterio, ó de un claústro conventual.

Pero entonces, señores gacetilleros, ¿de qué habia de hablar la *gacetilla*? ¿Y sin *gacetilla* quién habia de leer un periódico?

EL CORRECTOR DE PRUEBAS.

AGOSTO.

MADRID SE SECA.

¡Qué calor!—Cumple á nuestro deber de coronistas hebdomadarios el consignar á la cabeza de esta revista ú ojeada retrospectiva la exclamacion que dejamos estampada y que viene á ser la expresion genuina, la idea dominante de la semana que acaba de transcurrir.—*¡Que calor!*—Señores contemporáneos, siquiera fuesen ustedes procedentes del año del motin contra el ministro Squilache (1776) ó contaran ya entonces *veinte y dos abriles*, como la anciana benemérita que vende yesca y fósforos á espalda de la fuente de Cibeles,—¿han visto ustedes ni recuerdan en aquella dilatada série de agostos, un agosto mas incendiario que el del año de gracia 1851?—Prueba al canto.—Saquen ustedes esos diarios infalibles de Uribe y de Tewin, de Jimenez Haro y de Jordan, de Boix y de Alonso, á ver si en todos ellos y en la parte de las observaciones atmosféricas pueden presentar una semana como

la que acaba, y que para perpétua memoria y para descargo de nuestra conciencia vamos á estampar aquí:

	Termómetro Beaumur.	Termómetro centigrado.
Jueves 14.	34 $\frac{3}{4}$	43 $\frac{1}{2}$
Viernes 15.	35 $\frac{3}{4}$	44 $\frac{3}{4}$
Sábado 16.	33 $\frac{3}{4}$	42 $\frac{1}{2}$
Domingo 17.	35	43 $\frac{1}{4}$
Lunes 18.	35 $\frac{1}{2}$	44 $\frac{1}{4}$
Martes 19.	32 $\frac{1}{2}$	38 $\frac{1}{4}$
Miércoles 20.	31 $\frac{2}{4}$	36 $\frac{1}{4}$

Y cuenta, que no han sido solos esos siete dias los favorecidos con tan subida temperatura, sino todos los anteriores igualmente desde los primeros del mes, y es de esperar que para los que quedan tengamos el consuelo de permanecer durante todo él á la altura del Senegal.

Por fortuna para templar nuestro ardor, para mitigar nuestra sed ardiente, traemos entre manos (sino entre los labios) un gran proyecto;—tenemos ante nuestras mentes la risueña perspectiva de un caudaloso rio que no dista ya de nosotros mas que unas diez y siete leguas, y como obra de ochenta millones—;cosa corta!—pero que esperamos en Dios podremos ver realizada, si alcanzamos á vivir siquiera las calendas de la vieja antes citada.—Entre tanto nuestro pobre Manzanares, á medida que nosotros nos hemos ido liquidando, ha ido él poquito á poquito quedándose en seco; tomó punto; y realizó cumplidamente el célebre dicho de Tirso.

«Como Alcalá y Salamanca,
teneis, y no sois colegio,

vacaciones en verano

y curso solo en invierno.»

Con lo cual ha habido que disponer que las cubas del riego acudan todas las tardes á humedecer algun tanto su albeo y proveer de líquido los cauchiles adonde solian darse un jabón ropas y cuerpos de los heróicos habitantes; —pero es lo malo que cuando las susodichas cubas acudian á llenarse á los pilones de las fuentes, se hallaban con que estos se los habian ya sorbido las de los aguadores asturianos, para *aguar* un poco el agua de las norias y pozos que por base general están encargados de refrescar nuestras fauces sitibundas.—Y entretanto que esto sucedia los *órganos de la opinion* se descolgaban quejándose del polvo y de la falta de riego en calles y paseos, y pedian cotufas en el golfo, cuando el que mas y el que menos si tiene un sorbito en su charco, le dedica incontinenti á poner el puchero ó á lavarse la cara, todo sin perjuicio de guardarle despues para iguales usos al siguiente dia.—En las casas de baños, por ejemplo, se brinda á los parroquianos con el mismo líquido que sirvió en el año anterior, y que se conserva embotellado para éstos casos; y en los de incendios (que no son pocos) acuden los operarios de la villa á matarlos á soplos, á falta de otra cosa de humedad.—Por fortuna en esta semana no han ocurrido, bendito Dios, mas que tres ó cuatro, y esos no del calibre y consecuencias de el del dia 8 de julio en los barrios del cuartel de Guardias, y por el cual se llama actualmente á los propietarios de casas *aseguradas* para que *suden* un par de millones á fin de indemnizar á los que perdieron las suyas.—Precisamente en esta semana en que hemos arreglado la deuda pública y pagado tambien el plazo anticipado de las contribuciones. ¡Todo es sudar!

Afortunadamente todos estos y otros percances del mes de agosto, los repartimos y conllevamos en mayores dosis entre los pocos impertérritos habitantes que con un valor heroico, digno de la villa del Dos de Mayo, hemos quedado representando intramuros al oso y el modroño consabidos.

Los padres de la patria que olieron el poste, cerraron las fábricas de las leyes y echaron á correr.— Los magistrados y funcionarios entregaron las llaves al portero y «ahí te quedas.»— Los escolares y sus maestros colgaron los manteos y mucetas y «hasta mas ver.»— Las academias y sociedades literarias apagaron las luces y se largaron donde no las dé el sol.— Los autores dramáticos, líricos y coreográficos corrieron el telon;— y las tertulias ó *soirés*, los bailes y festines particulares, marcharon á formarse á las frescas playas del Océano, á las risueñas márgenes del Urumea, ó á los floridos pensiles de la Granja.— Madrid, pues, está en todas partes menos en Madrid, y en el momento en que escribimos, es menester buscarle en San Sebastian ó en Cestona, en Valencia y Santander, en Sacedon ó en Trillo, en Pozuelo ó Carabanchel, en el frondoso bosque de *Boulogne*, ó en el palacio encantado de *Hyde-Parck*.— Hablamos del Madrid cortesano, del Madrid vital, bullicioso y animado, de aquel círculo que en el lenguaje periodístico estamos convenidos en llamar *todo Madrid*, y que en el especial de las revistas semanales se halla condecorado con el lisongero epíteto de *la buena sociedad*.

Henos, pues, aquí, en el caso de prescindir absolutamente de tan socorrido argumento, y de consignar las actas de aquel Madrid *com'il faut* en la pasada semana, como ausentes y lejanos que somos de él y sin poseer el don de segunda vista;— hénos aquí privados de reproducir por la milésima vez los triunfos parlamentarios del ora-

ador A.; los laureles poéticos del autor B.; las ovaciones escénicas del artista C.; la discrecion y donaire de la marquesita D.; los gracias divinales de las lindas señoritas E.; y la amable coquetería de la vizcondesa F...; todo el alfabeto, en fin, que forma el mobiliario de las gratas revistas que tan á gusto de sus lectoras sabe trazar la discreta y elegante pluma de nuestro amigo *Navarrete*.

Pero la ausencia de este y de su brillante teatro encantado, no ha de ser parte para que privemos absolutamente á nuestros lectores de la reseña mensual, y siquiera sea pálida y escasa de interés dramático, parécenos del caso continuarla aquí.

Los únicos salones que no han cerrado sus puertas á sus numerosos apasionados son el del *Prado* y el de *Oriente*, bajo cuyas estendidas y estrelladas bóvedas, alumbradas cuando por la luna llena, cuando por algunos cuantos mecheros vacíos de gas, (que suplen mal ó bien á las lámparas solares y bujías de la Estrella que se aborran en casa) se ha apresurado á acudir cada noche todo lo que resta de Madrid, formando, sino *circulos* aristocráticos, líneas horizontales y en correcta formacion, de apreciable sillas de á dos cuartos, á falta de cómodas butacas de muelles, ó de otomanas de pluma y edredon.—Allí, protegidas por aquellas misteriosas sombras, acariciadas por aquellas templadas brisas, han pasado sin duda muchas cosas, de aquellas que encierran un interés palpitante (*aliquid latentem*) para los respectivos protagonistas; pero cuyo discreto velo no nos parece prudente descorrer; contentándonos con asegurar únicamente que el todo de la reunion ofrecía cada noche el aspecto mas *comfortable*;—que la orquesta de bardos y harpías franceses nada dejaron que desear;—que numerosos servidores circulando con profusion repartian sorbetes de la Diosa Cibeles con sendos

panales por la módica cantidad de ocho maravedises;—y que, en fin, los dueños de la casa (ó sean los señores Apolo y Felipe IV) hicieron los honores de sus salones respectivos con su amabilidad esquisita y proverbial.

Si cansados del monótono espectáculo de tan grata reunion, quisiésemos echar una tarde á perros ó gatos, á leones y panteras, á caballos ó monos; los señores Paul y Tourniaire, Cárlos Price y Carrasco nos ofrecian en sus círculos respectivos variadas colecciones y singulares ejercicios de aquellos *artistas*; con que no tuvimos en este punto que sentir mas que *l'embarras du choix*.—Tambien en la puerta de Alcalá ha habido indios pegadores y portugueses de pega; y en los teatros de verano dos ó tres compañías de ópera italiana con su Bellini y Verdi y su Donizetti corrientes, entretanto que se preparan para en adelante otras tres ó cuatro mas.

Por último, si quisiéramos todavía esplayarnos en revistar y comentar las *ocurrencias* de la Gacetilla de la semana anterior, todavía podríamos hacer mencion de algun duelo; dos ó tres raptos ó evasiones de doncellas andantes; hasta media docena de suicidios; otra y media de robos y heridas; y como doble cantidad de atropellos, disputas y vapuleos.—Por último, si quisiéramos dejar contristado el ánimo de nuestros lectores con el recuerdo de las muertes naturales ocurridas en esta semana, citaríamos la del conocido capitalista señor don José Irunciaga, y la del célebre actor jubilado Pedro Cubas, último que quedaba del famoso trio (Antera Baus y Juan Carretero) que con mas acierto llegó á interpretar en nuestros teatros las preciosas producciones de Tirso y de Moreto, de Lope y Calderon.

Y ya que antes hemos indicado los frecuentes suicidios ocurridos en estos dias, queremos participar á nuestros

lectores una especie que hemos oído, y de cuya exactitud, sin embargo, no salimos garantes.—Parece que habiendo observado algunos industriales la tendencia ó el favor del público hácia esta especie de distraccion inocente, han pensado regularizar este servicio y convertirle en propia especulacion; á cuyo fin tratan de fundar un establecimiento donde á todas horas del dia y de la noche podrá el que quiera entrar en la moda de este fantástico desahogo (mediante una módica retribucion) y con la facultad de despacharse á su gusto y escoger aquel género de *finis* mas conforme á sus inclinaciones y manías; para lo cual hallará siempre prevenidos toda suerte de procedimientos mas ó menos cómodos y populares.—v. g.—para los que quieran concluir con la posible brevedad, habrá armas y pertrechos de todas clases;—cuerdas y garfios, altas torres y azoteas para aquellos que estimen el aire libre, y quieran columpiarse, ó describir parábolas ó buscar su centro de gravedad;—venenos y fósforos para los que quieran liar el petate con acompañamiento de dolores y convulsiones;—braseros encendidos para los que prefieran la asfixia;—pozos bien surtidos y canales artificiales para los suicidas hidráulicos;—y fosos profundos para los que estimen mas el sólido elemento.—Por último, para los que busquen una muerte dulce, apacible y narcótica, hay prevenidas colecciones completas de la Gaceta;—los que intenten probar cómo se muere de fastidio, hallarán abundantes polémicas y discursos de fondo, entresacados de los periódicos políticos ó de las discusiones parlamentarias; y si hay alguno que quiera morir de risa, tendrá á su disposición los graves folletines del Diario de Madrid.

lectores una especie que hemos oído, y de una excelente
sin embargo, no sabemos cuáles.—Pues que habiendo
observado algunos industriales en tendencia á eludir del
público hasta esta especie de dirección local, han
pensado regularizar este servicio y convertirlo en pro-
piedad; á cuyo fin están de fundar un establi-
miento habido á la noche por el

SETIEMBRE.

que quiere entrar en la noche de este mes de agosto
(mediante una medida extraordinaria) con la intención de
despedirse á su gusto y escoger aquel género de arte
mas conforme á sus deseos; para lo
cual halla siempre preparadas toda suerte de proce-
dimientos mas ó menos cómodos y populares.—Y para
los que quieren concluir con la posible brevedad, habi-

MADRID EN FERIA.

Mañana veinte y uno de setiembre, dia clásico en los
anales matritenses, da principio (permítalo ó no el tiem-
po) á aquella célebre y anual esposicion universal de nues-
tra industria y productos mas ó menos naturales, inertes
y animados que llamamos *las ferias de San Mateo y San
Miguel*,—mercedes ambas que debemos los madrileños á la
bondad y deferencia del señor don Juan el II de Castilla,
por privilegio espedido en la Villa de Valladolid á diez y
ocho dias del mes de abril de 1447, y en remuneracion y
recompensa de haber tomado á Madrid las villas de Cubas
y Griñon (que eran suyas) para dárselas á un su criado.—
¡Qué magnanimidad!

El *palacio de cristal* preparado este año como los an-
teriores para aquella magnífica esposicion, es la hermosa
y estendida calle de Alcalá, la principal y mas aristocrá-
tica de la villa; que ha sustituido en este prosáico destino
á la antigua y famosa plazuela de la Cebada, donde se hol-
gaban, ó mas bien donde se sofocaban nuestros mayores
en iguales dias, y lucian sus bordados casacones, sus pe-

lucas empolvadas, sus guarda-infantes y cotillas, todo con el correspondiente acompañamiento de trastos y muñecos, melocotones y avellanas, méritos y servicios.—Allí, en aquel irregular aunque extendido recinto, sobre aquellas angulosas piedras, y al través de aquellos barrios apartados y bulliciosos, corrían á reunirse todas las tardes las notabilidades de la época, la juventud brillante, la hermosura, la grandeza y el lujo de las ostentosas córtes de los Carlos III y IV; y merced á las espresivas pinturas de Goya, todavía podemos formarnos una idea del interesante espectáculo que ofrecía tan inmensa, animada y clásica solemnidad.

Hoy las luces del siglo la han desviado de su antiguo teatro; la han desnaturalizado algun tanto de su propio carácter; la han modificado, reglamentado, constituido, y hecho vestir el gaban nivelador.—Todavía sin embargo conserva algo de su originalidad primitiva, y presta digno asunto á los modernos Goyas para ejercer la magia de sus pinceles.

Por de pronto, á la indisciplina é irregularidad del antiguo mercado, ha sustituido cierto método lógico ó matemático en su disposicion material;—los puestos ambulantes, los tinglados intercadentes, los cajones, tiendas y baratillos improvisados, desde los de melocotones aragoneses hasta los de muñecos y cachivaches del Tirol; desde las mantas de Palencia hasta los platos de Talavera; todos en el día tienen su sitio señalado, conveniente, especial, sujetos á la línea, y en correcta formacion.—El teatro mismo de la feria ha ganado sin duda en magnificencia, y lleva tanta ventaja á la plazuela de la Cebada, como distancia media desde los antiguos Corrales de comedias al novísimo y suntuoso Teatro Real.—Los progresos del buen gusto y las exigencias del lujo han crecido asombrosamente, y

dado lugar á productos mas refinados de la industria, á multiplicacion infinita del concurso mercantil.—Por otro lado, la atmósfera pura y transparente de Madrid, el vivísimo sol de setiembre, la azulada bóveda que nos cubre, continúa siendo el fondo obligado de aquel cuadro, y presta su espléndido colorido á la fisonomía especial de su conjunto.

Y sin embargo de todas estas ventajas, y al través de todas aquellas perfecciones, las famosas ferias matritenses, las ferias francas de don Juan II, las que pintó Goya, describió Cruz, y satirizaron Iriarte, Salas y nuestra misma festiva pluma (1) han desaparecido ó están como quien dice amenazadas de muerte natural.—En vano se las señala mas elegante y aun magnífico teatro; en vano se las pretende regularizar con reglamentos; se las dota con pintadas tiendas, con lucida escolta, con bello arbolado, con anchas aceras, con alumbrado de gas;—en vano la poblacion madrileña desde el mas encumbrado personaje de la córte hasta el antiguo manolo de Lavapiés, concurre periódicamente todos los dias á cruzar delante de aquella inmensa tienda, á llenar aquellos paseos, aquellas aceras, aquellas sillas; á lucir sus atavíos á la brillante luz del sol madrileño ó de los mecheros del gas.—Todo esto quiere decir que lo accesorio ha sustituido á lo principal; que la feria es el pretexto, y el paseo el objeto verdadero.

Pregúntese si no, á los honrados mercaderes de la Plaza y calles de Postas y de Toledo; á los antiguos covachuelos de San Felipe el Real; á los prenderos y chamarileros del Rastro; á los cuchilleros de Puerta Cerrada; á los libreros de la Trinidad; y á los alfareros de Alcorcon, si están mas conformes con esta brillante *mise en scene* que con el anti-

(1) Escenas Matritenses.

guo y modesto *sans façon*;—ó si prefieren las improvisadas almonedas de las calles de la Magdalena y de Toledo, el desbarajuste de la plazuela de la Cebada, al brillante concurso de la calle de Alcalá.—Si les ha convenido cambiar su papel de actores de la feria por el de simples espectadores de los feriantes;—si las escasas luces del siglo anterior producian, en fin, mayor esplendor en sus bolsillos que todos los mecheros de la Compañía madrileña.

¶ Pero admitida ya la ausencia del objeto primordial de la feria, que era en los siglos atrasados el trueque ó venta de efectos de mobiliario; todavía á los ojos *financieros* encierra bastante de su carácter primitivo, para pesar suficientemente en la balanza mercantil.—Porque si de los objetos mudos pasamos á los vitales y animados; si de los muebles parados nos trasladamos á los ambulantes; si de los mercaderes de efectos á los efectivos mercaderes; todavía hallaremos que la feria matritense, aun bajo su carácter actual, tiene suficiente importancia y utilidad mercantil, si bien ha cambiado de artículos de consumo y ha dado otro giro á su razon comercial.

¶ Porque ¿qué otra cosa que objetos de feria, *materia imponible* (como diria el Diccionario estadístico del señor Madoz) son, por ejemplo los espuestos por la ternura maternal, y consistentes en multitud de pimpollos femeniles entre los quince á los veinte de su edad, fruta de casa y artículos de fondo de su almacén?

¶ ¿Qué buscan en la feria de San Miguel tantas ataviadas bellezas, como ostentan sus primores, lucen su grajeo ó balancean su garabato; diestramente ensayadas al espejo, y con el *visto bueno* marital?

¶ ¿Qué tantos gallardos mancebos sentados á la sombra de los árboles, ó contoneando sus personas desde el Café Suizo á la esquina de Casa-Riera?

¿Qué tantos hombres públicos y mugeres idem, ostentando en la esposicion ferial su alta importancia ó su cómoda mercancía; tantas beldades, prospectos ambulantes de *Monet* y *Armstrong* ó de *madame Perard*, tantos futuros héroes de glorias posibles, tantos ministros presuntos ú oposiciones en agraz?

Las mas tiernas en edad, y cuyos deseos infantiles se contentaban en los años anteriores con una muñeca de pasta, salen hoy dia con el pensamiento de ferirse por lo menos un muñeco *de verdad*.—Estos, que por su parte abundan en aquel mercado, no se contentan si no adquieren uno ó mas de aquellos muebles de resorte y gracioso movimiento:—las altas notabilidades van á buscar aura popular;—los elevados personajes á vender proteccion; la beldad sus favores; el talento sus laureles, y la miseria sus servicios y adulacion.—Todos concurren á empeñar mutuamente en aquel gran mercado sus recursos respectivos; cuales sus galas; cuales sus personas; el uno su ingenio; el otro su industria; aquel su categoría, y aquel otro su favor é influencia;—todos acuden á aquel teatro cortesano ganosos de buscar lo que les falta por medio de trueque, trastrueque, compra, venta, empeño, demanda, sólido arrimo, ó generosa proteccion.

Y al lado de este elevadísimo comercio, al través de aquellas sublimes combinaciones, ¿qué papel queda reservado á los mercaderes materiales de muebles y cachivaches, de libros y telas, de frutas y alfarerías?—El de tristes espectadores de un drama que no comprenden; el de únicos paganos de un mercado en que no despachan; el de adorno obligado de un teatro en que no figuran; el de esponentes, en fin, espuestos al viento levantino, al sol de los tabardillos, á los chubascos del equinoccio, y á la indiferencia y desden universal.

¡Oh desdichados mercachifles! ¡Rogad á Dios que haga retroceder las mentes á los tiempos de vuestro protector don Juan el II y que borre del siglo XIX este espíritu de positividad que hasta los mas nobles instintos y acciones humanas ha convertido en feria! Pedid, pues, que torne aquella edad dichosa en que solo vosotros traficábais en vuestros ingeniosos artefactos, sin temer la concurrencia peligrosa de los que trafican en gracias femeniles, en favores cortesanos, en laureles y palmas, en reputaciones fosfóricas, y en aura popular!—Acaso entonces, (y si esto sucediera en tiempos de ferias) no os hallaréis tan brillantemente colocados, y tornaríais tal vez á la modesta *plaza del arrabal* (hoy de la Constitucion),—no ostentaríais elegantes vuestros primores en la calle principal de la córte, ni recibiríais diariamente la visita de sus clases mas elevadas;—no escucharíais el ruido de sus carrozas, la animacion de sus diálogos ni los interesantes episodios de su vida íntima:—pero en cambio venderíais mas muebles y muñecos, mantas y pucheros, y llenaríais prosáicamente vuestros bolsillos, si no de brillantes monedas de relieve, por lo menos de modestas blancas, de tarjas y maravedís.

¡Oh desdichados morochosinos! Rogad a Dios que haga
 obedecer las leyes á los tiempos de vuestro protector
 don Juan el II y que por el año XIX este espíritu de
 posibilidad que hasta los mas nobles y santos y acorados
 humanos ha convertido en tierra pedida, que como
 aquella cada dia se en uno solo vosotros trahades en
 vuestros ingenios a hacer la comunion

OCTUBRE.

políticos de los que trahen a las gentes de las
 vices cortanas, en las vides y pallas, en las repaciones
 los otros, y en una popular.—Acaso, entonces, y si esto
 acontece en tiempos de tanta no de tanta tan brillante
 momento colocado

MADRID SE ILUSTRA.

en el actual (hoy de la constitucion).—No olvidades
 elegantes vuestros primeros en la calle principal de la
 corte ni recibidais de momento la visita de sus cla-

La suma importancia del acontecimiento del año, ó
 mas bien del siglo actual; la grande *Exposicion universal*
 terminada en Lóndres el dia 15 de este mes, y la descrip-
 cion detallada é *ilustrada* que de aquel inmenso espectácu-
 lo ha dado *La Ilustracion* á sus lectores, nos ha robado el
 espacio para atender y reseñar en debido tiempo los otros
 sucesos del dia, que si no pueden compararse á aquel en
 importancia, tienen para nosotros el interés de las cosas
 propias, al grato saborete indígena ó *de casa*.

Por aquella perentoria razon, hubimos de pasar en si-
 lencio en la primer semana del mes que termina la solemne
 ceremonia de la apertura de los Estudios universitarios ce-
 lebrada el dia 1.º en el nuevo edificio de la calle ancha de
 San Bernardo;—acto imponente y magestuoso que todos los
 años escita el mayor interés, especialmente en las anti-
 guas y celebradas aulas de Salamanca, Valencia, Sevilla y
 Granada; pero que pasa como uno de tantos en la capital
 del reino, que apenas sabe que encierra entre sus recientes

adquisiciones la celebrada Universidad Complutense, gloria del gran cardenal *Cisneros*.

Nuestra moderna *central*, aunque la mas concurrida del reino por reunirse en ella estudios de todas las facultades y hallarse situada en la córte y pueblo de mayor vecindario; y á pesar de poder ostentar un edificio construido nuevamente, vasto y decoroso, y ver acompañados todos sus actos de mayor aparato y ostentacion, con asistencia del supremo gobierno, numeroso y lucido cláustro, y brillante concurrencia de espectadores,—todavía, sin embargo, carece de fisonomía propia, y de aquella severidad clásica, que distingue á las antiguas fundaciones de Salamanca y Valladolid, y que á nuestros ojos hacia tambien respetables é interesantes las bóvedas y cláustros de San Ildefonso de Alcalá.—Esta respetable investidura, aquel suntuoso y sagrado carácter, no lo reciben generalmente los establecimientos, como los hombres, con títulos y honores improvisados, con gracias y mercedes como llovidas del cielo;—lo imprimen los siglos, las numerosas páginas de una historia esclarecida, y el origen escelso enlazado las mas veces con los grandes acontecimientos nacionales, ó con los personajes mas heroicos del pais.

Y como nada de esto puede aun ostentar nuestra prosáica Universidad Matritense; como su existencia en nuestros muros no prueba mas que un capricho ó un cálculo mas ó menos fundado de los gobiernos; su edificio incompleto no recuerda mas que la innecesidad de haber destruido el bello del Noviciado, que siquierá tenia carácter y tradiciones propias, y que ampliado como pudo haber sido, habria bastado á su nuevo destino á nuestro modo de ver con ventajas sobre el actual;— y el aparatoso cláustro, en fin, y la mucha concurrencia estudiantil, no

suscita en la mente otra idea que la duda, por lo menos, de la utilidad de haber aumentado de este modo con el refuerzo de toda la juventud de la capital el contingente de futuros letrados, teólogos y médicos:—de haber destruido *ab irato* la vitalidad de un pueblo célebre á las puertas de Madrid;—de haber gastado sumas inmensas en la construcción del edificio, sumas que hubieran bastado ámpliamente para hacer un ferro-carril entre Madrid y Alcalá, si se querian tener las aulas á media hora de distancia:—por todas estas razones y algunas otras que omitimos, la universidad central, que imprime su nombre á un distrito de la villa, carece aun de importancia propia, escita escasas simpatías, y esta muy lejos de dar á aquel mismo distrito la fisonomía escolar que presta al *Cuartel latino* de París la antiquísima *Sorbona*.

Pero basta de estudios, y pasemos á recordar otros sucesos del mes de octubre; de este mes de grata transición entre el estío y el invierno, entre los placeres del campo y los no menos sabrosos de la corte y la ciudad.

Restituida á sus hogares la parte mas vital y mas brillante de nuestra sociedad matritense, que á falta de *Chateaux* y de *Villas* en nuestras áridas campiñas, corrió á principios del verano á buscar sensaciones diversas á las playas del Océano Cántabro, á los jardines de San Ildefonso, á los baños termales, ó á los pajizos techos del Cabañal;—y reforzada además con la emigración extranjera, (este año mucho mayor que los anteriores con motivo de la esposición de Lóndres), vuelven en este dichoso mes á reanudarse las relaciones amorosas interrumpidas; á tomar cuerpo las combinaciones políticas aplazadas; á cultivarse los placeres de las artes y la sociedad.—Se pre-

paran salones donde ostentar las bellas sus encantos; se inauguran teatros donde ganen los artistas coronas sin ducados, y ducados sin coronas; se inventan modas, y se aprestan, según las diversas condiciones, nuevas fuerzas para la nueva campaña política, amorosa ó industrial. —Por resultado de ella habremos presenciado desde el uno al otro equinoccio, algunas reputaciones improvisadas;—algunas fortunas hundidas;—tal cual astro nuevo de vivo esplendor en el cielo de la hermosura;—tal cual vuelta rápida en la rueda de la fortuna;—media docena de leyes nuevas elaboradas á grande orquesta;—dos ó tres ministerios salidos del caos ó hundidos por escotillon.

De todo esto hemos empezado á tener un poco en el mes de octubre.—Ya nuestros teatros, desde el mas elevado y aristocrático hasta el mas humilde y vergonzante, abrieron sus puertas á la numerosa concurrencia.—Tenemos, pues, teatro español, teatro italiano, teatro andaluz, y en la próxima semana tendremos teatro francés.—No se puede pedir mas;—Opera seria, ópera cómica, comedia de rostro feo, de risa, de magia, de susto y de pañuelo en mano,—bailes campestres y de campaña, monos sabios, perros inteligentes, ratas maravillosas, caballos, toros, y demas artistas *de escuela*.—Los espectáculos se multiplican hasta el extremo de que no bastando el número de concejales para presidirlos, ha dispuesto el gobierno (á nuestro ver con mucho acierto) que los presida el sentido comun.—Las sociedades de bailes á escote y de amor á cielo raso, crecen asombrosamente;—las taurómacas de aficionados progresan;—los panoramas, cosmoramas, neoramas, dioramas, europonamas é industrioramas, caen como llovidos del cielo;—y hasta por calles y paseos, por plazas y cafés se ve el pueblo madrileño acariciado por ambulantes pro-

digios de arpas y teclados; voces inverosímiles de artistas *di cartello*; fenómenos prodigiosos de fuerza y destreza; y en las altas horas de la noche *parejas luminosas* de *vigilantes* de farol en cinto, que también tienen que ver.

La alta sociedad, sin embargo, no ha abierto todavía sus salones, que generalmente se inauguran otros años con los suntuosos bailes de Palacio en los días de SS. MM. 4 y 10 de este mes.—El estado interesante de nuestra reina y el cuidado que reclama una salud y una esperanza tan gratas para todos los españoles, han hecho suspender por este año aquellas magníficas celebridades que en semejantes días eran la señal de la apertura de la nueva estación.—También en el pasado reinado se celebraba por los mismos días y con la propia solemnidad el natalicio del monarca (día 14) y el día 1.º del mes el aniversario de su salida de Cádiz; con gran regocijo del cuerpo de Voluntarios realistas, que asistía en semejante día á dar la guardia al palacio del Escorial, donde solía estar la corte á la sazón.

En aquella *ominosa década* y en uno de aquellos *llamados* años, hubo también (en 1825 si no estamos trasladados) un *jubileo* solemne de *año santo*, semejante al concedido actualmente por su Santidad, y que ha dado principio en el arzobispado de Toledo en 5 del actual por treinta días consecutivos.—Pero entonces como la ostentación de religiosidad era lo que ahora la ostentación de patriotismo—un medio de medrar—fué mucho más suntuosa la *mise en scene* de aquel santo jubileo; y apenas hubo persona alguna desde el monarca hasta el último mendigo, que no tomase parte en él.—Las congregaciones y cofradías religiosas (que eran entonces las únicas asociaciones posibles y pasaban de doscientas); los con-

sejos y tribunales supremos é inferiores; las oficinas públicas; los colegios y enseñanzas; y todos los demás establecimientos, el clero, la guarnicion, y el vecindario, asistieron en numerosas y lucidas procesiones á visitar las iglesias marcadas, á presenciar las funciones solemnes celebradas en ellas á sus espensas.—Todo esto era muy vistoso y socorrido para cereros y sacristanes; pero ahora en estos tiempos *no ominosos*, de atrasos de pagas y descuentos proporcionales, de contribuciones de cuota fija, y de subsidio piramidal, hubiera sido arriesgado el ensayar en tan grande escala aquellas preces solemnes; y por eso han estado limitadas á la procesion del clero, ayuntamiento y cofradías verificada el domingo 19 bajo la presidencia del Emmo. cardenal arzobispo de Toledo; y á las parciales de algunas congregaciones religiosas, que han hecho privadamente despues la santa visita.

Ya que el giro de nuestro presente artículo nos ha conducido como por la mano á consideraciones religiosas, no podemos concluirle sin traer á la memoria la muerte de dos personas notables en diversos tiempos y por diversos conceptos, ocurrida en este mes que reseñamos.—La primera, acaecida el dia 8 en París, es la del decano de nuestra historia política contemporánea, *el Principe de la Paz, don Manuel de Godoy*;—la segunda el dia 11 en Madrid, la del primer actor de nuestro teatro nacional, *don Carlos Latorre*.—Elevado personaje el primero en la escena política, aunque jubilado y retirado de ella hacia ya 43 años, apenas ha escitado su muerte la curiosidad de la generacion actual, que solo le ha conocido en los libros; el segundo, justamente encumbrado á un alto puesto artistico, deja en nuestra escena un vacío por ahora irreparable y una triste sensacion en nuestra memoria.

¿Quién hubiera predicho al serenísimo príncipe de la Paz, al Gran Almirante, Generalísimo y Ministro universal de España é Indias; al Duque de la Alcudia y de Evora-Monte, Señor del Soto de Roma y de la Albufera de Valencia; á aquel que podia llenar de sus títulos cien pergaminos y veia pendiente de su cuello la régia insignia del Toison de oro y todas las grandes condecoraciones de Europa;—al poderoso valido, ó mas bien dueño de sus reyes;—quien le hubiera dicho que desde sus palacios de Buena Vista ó de doña María de Aragon, donde regía á su antojo los destinos de veinte y cinco millones de hombres en ambos mundos; donde guardias especiales custodiaban su persona, ó abrian paso á su carroza régia; donde los primeros magnates del reino asistian todos los *miércoles* á su córte y se disputaban una mirada ó una sonrisa de su augusta faz; donde hasta los mismos monarcas venian á visitarle como pariente ó amigo; quien le hubiera dicho, repetimos, que á casi medio siglo de distancia habia de acabar su abandonada y triste vejez en una reducida habitacion de la *rue Michaudiere*, número 20, *cuarto tercero*, y en un *miércoles* tambien, y servido únicamente de una cocinera y un ayuda de cámara?

Nosotros le hemos visto, á aquel coloso que vieron nuestros padres regir omnímodamente durante quince años los destinos de la monarquía, y ostentar los tesoros del Nuevo Mundo, reducido á la triste pension de *seis mil francos* que le señaló Luis XVIII, viviendo pobremente en un piso cuarto; y tan resignado al parecer con su suerte y las asombrosas peripecias de su vida, que no era difícil hallarle sentado en una silla de los jardines del Palacio Real ó de las Tullerías, entretenido con los niños que jugaban, recogerles los aros ó las peonzas, prestarles su baston

para cabalgar, ó sentarles sobre sus rodillas para recibir sus caricias infantiles.—Otros de sus comensales en dicho jardín solian ser los cómicos de provincia que se reunen allí, como en Madrid en la plazuela de Santa Ana; los cuales solian tomarle por un actor jubilado ó un aficionado veterano; y le conocian únicamente por *Monsieur Manuel*, no figurándose jamás que sobre aquella hermosa cabeza había descansado una corona efectiva de príncipe; que aquellos hombros, hoy encorvados, habían llevado suspendido un manto verdaderamente régio; que aquel anillo que aun brillaba en su mano, era el anillo nupcial que colocára en ella una nieta de Felipe V y de Luis XIV!—Viendo su sonrisa placentera, su benevolencia é interés, ¡cuántas veces llegaron á proponerle una plaza de *regiseur* ó una covachuela de *apunte*, al mismo á quien habían obedecido ejércitos y armadas, que había hecho la guerra á la gran república, y que había celebrado tratados de potencia á potencia con el grande Emperador!

Ciertamente que la suerte singular de este hombre, tanto en su rápida y asombrosa elevacion, como en su profunda caída y dilatada agonía, es notabilísima en los anales de la historia.—La nuestra especialmente, tan pródiga en azares de esta especie, no presenta, sin embargo uno idéntico en ambos casos.—Don Alvaro de Luna y don Rodrigo Calderon, muriendo en un cadalso en las plazas de Valladolid y de Madrid, concluyeron lógicamente su trágica historia;—Antonio Perez, sublevando el reino, é intrigando con los estrangeros contra su perseguidor, solo se le parece en haber dejado sus huesos en la vecina capital francesa;—el Conde-Duque de Olivares y el de Lerma, refugiados en sus estados ó bajo la sagrada púrpura romana, apenas sobrevivieron á su desgracia;—el P. Nithard,

don Fernando Valenzuela, Alberoni, Riperdá, la princesa de los Ursinos y el marqués de Esquilache, todos murieron alejados, si, del teatro de sus triunfos; pero no olvidados; ni anulados completamente en grandeza política.—Godoy solo ha arrastrado durante casi medio siglo una existencia incógnita y miserable, en presencia de los grandes acontecimientos europeos, y sin figurar en ninguno de ellos; ha sobrevivido á su propia historia; ha oído los juicios de la posteridad; ha asistido á sus propias exequias, y ha visto indiferente el olvido de tres generaciones.—Solo su muerte á los 84 años de su edad, y 43 de su caída, volvió á hacer resonar su nombre por un momento, y á revelar á la capital vecina su existencia en ella:—¡solos algunos españoles, testigos de aquella respetable ruina, acompañaron su cadáver á la bóveda de San Roque, donde fué depositado mientras se le traslada á su patria!—¡Solo las presentes líneas ha merecido á la prensa española la memoria del *príncipe de la Paz!*...

Algo mas justa y deferente ha andado con la del grande actor que sucedió á *Isidoro Mayquez* en el coturno escénico, don *Cárlos Latorre*, que falleció el día 11.—Su cadáver fué conducido á la última mansion con un numeroso acompañamiento de poetas y actores, que en artículos necrológicos y en discursos y composiciones improvisadas sobre su tumba, consiguieron la simpatía popular hácia el eminente artista que tan dignamente supo interpretar las altas creaciones de Melpomene y de Talia.—No lo estrañamos.—La pérdida del grande actor es irreparable por ahora, mientras que la del gran personage político no ofrece vacio alguno.—Con efecto; desde la caída de Godoy ¡cuántos y cuantos ídolos no hemos visto encumbrados por la fortuna, cuántos ministros y favoritos del poder!—Todos mal ó bien representaron su papel respectivo; todos,

como Godoy, brillaron mas ó menos en el grande teatro politico cortesano; pero muerto Latorre (que heredó de Mayquez el cetro y el puñal de Melpomene), ¿quién suplirá su ausencia en la escena pátria?—Quién se encargará de interpretar dignamente las grandes creaciones de la musa trágica, *Edipo, Pelayo, Marino Falliero, Angelo, Otelo, Oscar, Alfonso el Casto, el Rey loco, y el Justiciero?*



NOVIEMBRE.

— —

MADRID SE ABRE.

«Dichoso mes, que entras con Todos Santos, medias
»con San Eugenio y acabas con San Andrés.»—Así decían
nuestros abuelos en aquellos tiempos felices en que no se
conocía otro calendario que el religioso, y en que las fes-
tividades de la Iglesia eran los únicos puntos que marca-
ban las diversas épocas del año en tal era de apacible
tranquilidad y beatitud.—Ahora, bendito Dios, es otra co-
sa.—La vida pública y los derechos imprescriptibles que
hemos adivinado y ganado á fuerza de pulmones y de tin-
ta, nos marcan en cada mes, en cada semana, en cada
dia, nuevas ocasiones en que lucirnos, nuevas solemnidades
en que regocijarnos, fuera de aquellas en que como todo
fiel cristiano estamos obligados á tener devocion.

El mes que termina, por ejemplo, ha sido una buena
prueba de estas conquistas de nuestra moderna cultura, y
nos ha presentado á manos llenas ocasiones brillantes en
que hacer suntuoso alarde de aquellos soberanos derechos
civiles, amen de los religiosos deberes á que la santa Igle-
sia nos invitaba, en mas de una solemne ceremonia.

Abriéronse en 1.º del mes las urnas electorales para recibir los votos simpáticos de los electores hácia aquellos de sus convecinos que juzgaban dignos de representar á la heróica villa en las procesiones y fiestas públicas, en la plaza de toros y en la sala consistorial;—y no hay que decir el placer inefable, el entusiasmo y orgullo con que todos acudiríamos á ejercer el acto sublime de depositar en *la urna de la opinion* aquella papeletita que nos circularon las comisiones del barrio con los nombres de los ciudadanos que la dicha *opinion* designaba de oficio, y que obtenían las mayores simpatías hasta de los electores que jamás los habian oido nombrar.—Primera *apertura* del mes; primer *derecho* cumplido.

Aquel mismo dia, víspera del otro en que la santa madre Iglesia hace la conmemoracion de los fieles difuntos, abrieron tambien sus fúnebres salones para recibir las visitas de deudos y amigos; y los sagrados templos para escuchar las plegarias por su eterno descanso.—Unos y otros estuvieron concurrísimos, y en unos y otros brillaron por su modestia la fé y la devocion de una parte del pueblo, sobre el fingido aparato y las demostraciones de la vanidad arregladas al último figurin.—Aquellos, animados de una verdadera ternura, de una sincera piedad, regaron con sus lágrimas la modesta huesa donde yacen en comun las prendas de su cariño;—estos, movidos mas bien por el orgullo mundanal, adornaron con festones y coronas las marmóreas tumbas de sus parientes; hicieron quemar delante de ellas fúnebres antorchas; y enviaron á sus lacayos y dependientes á llorar de ceremonia, y vestidos de gran gala.—Todos, sin embargo, y cada cual á su manera, usamos de este derecho, del derecho de contemplar nuestra última mansion, y visitamos con preferencia aquellos de estos *establecimientos*, que por su mayor lujo ó por su mo-

derna construccion están mas *en moda*; que hasta en ellos la fútil deidad ha llegado á estender su poderío.

Tras de esta segunda *apertura* del mes, vino á los dias siguientes la de la representacion nacional; exornada con el aparato correspondiente, y ha seguido desde entonces ofreciendo sus funciones diarias y á grande orquesta, con entradas llenas, y salidas... vacías hasta ahora de cosa de provecho, á no ser la de haber permitido á nuestros padres ejercer el derecho imprescriptible de cansar sus pulmones y mostrar que estaban *en voz*.

La *apertura* del teatro francés, verificada en los mismos dias, llamó al antiguo coliseo de la Cruz á toda la concurrencia *com'il faut*, y merced á cuatro pesetas por la luneta—(léase *stalle*),—y otras tres por un par de guantes pajizos, todos pudimos hacernos la ilusion de creernos transportados por algunas horas á la *rue Richelieu*, ó al *boulevard des Italiens*, ilusion por cierto de que volviáramos rápidamente al hallarnos á la salida del teatro en el antiguo callejon del Gato, ó en el estrecho albañal de Majaderitos.—Pero de esta *apertura*, y de las demás funciones públicas no queremos ocuparnos, por haberlo ya hecho en su tiempo todos los periódicos de Madrid, incluso el nuestro, y no ser tampoco esta la especialidad del artículo actual.

Tambien la sociedad literaria tuvo su *apertura* por aquellas calendas, en la solemne inauguracion de las cátedras del Ateneo, que tienen el privilegio de atraer á sus salones, desde la instalacion del mismo en 1835, la parte mas escogida de la sociedad politica y literaria de la corte; y á la verdad que este año debió quedar altamente satisfecha con el admirable discurso inaugural pronunciado por el señor don José Joaquin de Mora, uno de los pocos restos venerables que ya quedan de los tiempos en que el saber

no se improvisaba, sino que era fruto de profundos estudios, vigiliias y tareas.

Por último, hasta la plebe infeliz, hasta el pueblo sensual y descuidado, ha tenido ó celebrado en este bendito mes sus aperturas, y ejecutado sus *derechos* mas *caros*.— Se ha abierto á los intrépidos aficionados (escepto los ancianos y muchachos) el circo nacional, con valientes novillos embolados, que les han proporcionado la ocasion de describir parábolas en los aires ó buscar en la tierra su centro de gravedad;—se han abierto á sus piés salones de picadero donde pueden trotar y hacer cabriolas á su sabor;—se han abierto á sus bocas los montes del Pardo, brindándoles el sabroso y primitivo manjar del siglo de oro;—y por último, en el mismo dia en que se abrian todas estas cosas, se abria tambien por disposicion de la autoridad la *San Bartelemi* del sustancioso ó mamífero proscrito en la ley de Moisés, ó en términos prosáicos, la matanza *oficial* del ganado de cerda, que proporciona á todo cristiano viejo sus suculentos lomos, sus sabrosas salchichas, embuchados y morcillas;—todo esto amen de que por costumbre inmemorial y autorizada era tambien el mismo dia el dia clásico de los buñuelos, hojaldres y panecillos.—¡Qué de aperturas en un mes! ¡Qué de derechos imprescriptibles que disfrutar!

Esto en cuanto á los religiosos, políticos y civiles, movibles y manducables;—que no acabaríamos, si quisiéramos hablar de otros derechos que tambien hemos tenido ocasion en el presente mes de hacer efectivos, v. g. los municipales, territoriales, industriales y de consumo,—que todos son derechos, sino imprescriptibles, por lo menos adelantados y obligatorios, que para el caso es lo mismo.

El único de los derechos que nos ha sido negado ó suspendido por la Providencia divina en el presente mes,

ha sido el de pasear nuestras personas al sol, y regalarnos con el templado ambiente de la primera quincena de noviembre, que en todos los pueblos de la Europa meridional, y en Madrid especialmente, es conocida por el título de *el veranillo de San Martín*.—Este año, bendito Dios, merced á algun arreglo ministerial de allá arriba, se ha inhibido de este negociado al santo obispo de Tours, para pasarle quizá al apóstol que cierra la mesada, que sin duda ha sido elevado con esta ocasion á ministro del Fomento, cambiando tambien la denominacion del ramo, con el título de *veranillo de San Andrés*.—Lo mismo da seguramente para los que sobrevivimos al arreglo; en cuanto á los que fallecieron, ó quedaron cesantes por él, merced á los desapacibles nortes y nordestes del dicho periodo, pueden descansar en la seguridad de que se tendrán presentes sus servicios y circunstancias para mejor ocasion

«*De-funciones* (contestaba el alcalde de un pueblo de estas cercanías al interrogatorio del gefe político sobre el movimiento de aquella poblacion *no ha habido otra que la de San Sebastian;*»—En el presente mes, de funciones no ha habido notables mas que la de San Eugenio, que se celebra en este arzobispado atracándose de bellotas en el monte del Pardo;—la de los dias de S. M. la Reina, que la augusta madre solemnizó con un magnífico baile; y la del domingo 23; en que se verificó por el clero y autoridades la solemne rogativa de costumbre por haber entrado S. M. en el último mes de su preñez.

Pero en cuanto á *defunciones* (que era lo que queria preguntar el culto gefe político al lego alcalde de San Sebastian), el mes de noviembre quedará señalado con piedra negra en los fastos de 1851.—El suave vientecillo nordeste, humedecido con las moléculas níveas del Somosierra, y apellidado *aire de Madril, que mata á un gigante y*

no apaga un candil; reforzado de vez en cuando por los violentos aquilones que desnudan nuestros árboles de sus amarillentas hojas, y cubren de escarcha nuestras áridas campiñas, se han llevado de calle multitud de habitantes de la heroica villa, merced á sus rápidos procedimientos de pulmonías y congestiones fulminantes.—Entre estas desgraciadas ocurrencias, ha habido que lamentar la pérdida de varias de las eminencias sociales; de las cuales las mas visibles por su posición fueron, el Excelentísimo Patriarca de las Indias, señor Posada; el señor Gamazo, último abad de San Martín; el señor Miñano, comisario general de los Santos Lugares; la Excelentísima señora duquesa de Villahermosa; y la Excelentísima señora marquesa de Santa Cruz; lamentables pérdidas todas ellas respectivamente para la Iglesia, para el Estado, y para la mas alta sociedad de la corte.

Ciertamente que la muerte en estos últimos tiempos parece haberse ensañado contra las mas elevadas gerarquias.—Todavía no hace mas que diez y ocho años que falleció el último rey, y ya toda la grandeza de su corte ha visto renovado su personal, quedando solo diez ó doce vivos de los titulares de las primeras casas en vida de Fernando VII.—Estos pocos, que todavía le sobreviven, son los venerables duques de Bailen y de Castro-Terreño, el de Híjar, el de Villa-hermosa, y el de Veragua; los marqueses de Malpica, Alcañices, Valmediano, y Miraflores, y los condes de Santa Coloma, Cervellon, y Pino-hermoso.—Pero en cambio han bajado al sepulcro en este corto período de diez y ocho años (y muchos en lo mejor de su edad), los duques de San Fernando, de Osuna, del Infantado, de Alagon, de Abrantes, de Rivas, de Frias, de Medinaceli, de Alba, de Benavente, de Noblejas, de la Roca, de Montellano, de Granada, de Gor, y de Zaragoza;—los

príncipes de Anglona y de la Paz;—los marqueses de Santa Cruz, y de Santiago, de Bélgida, de Camarasa, de Ariza, de Povar, de Cerralvo, de Valverde, de Pontejos, de Castelar, de Campo-sagrado, de San Martín, de Monasterio y de Albaida;—y los condes de Altamira, de Oñate, de Chinchon, de Puñon-rostro, de San Roman, de Miranda, de Fuentes, de Bornos, de Montijo, de Campo Alanje, de Toreño, de Corres, de Mora, de Parsent, de Torrejon y de Ofalia.—Esto solo de los Grandes de primera clase, que si tendemos la vista por los altos personajes religiosos, políticos y militares de aquella época tan cercana, hallaríamos haber desaparecido ya de entre los vivientes todos ó casi todos los Arzobispos y Obispos que asistieron en 1833 á la jura de la princesa de Asturias;—los Ministros de los diez años, Calomarde Zambrano, Alcudia, Salazar y Pinofiel;—los generales célebres, Amarillas, Eguia, España, Cartagena, Venadito, Saarsfiel, Quesada, Casasarria, Valdés, Llauder, O'donell, Canterac, Mina, Vives, Eroles, Alós etc.;—el presidente de Castilla, Puig de Samper, el comisario de Cruzada, Varela, y otros infinitos personajes que figuraron en primera línea en la historia contemporánea, aunque de estos no hay que estrañar su muerte, por haber solo llegado á tan altos puestos en una edad avanzada.

Otra generacion, otros principios, otras ideas les han sucedido, y si ahora levantaran de nuevo la cabeza, creerianse estraños en una sociedad tan diversa, aunque cercana; y apenas en el mismo Senado (panteon de las celebridades políticas) hallarían con quien departir sobre los sucesos y los hombres de su época... *¡Sic transit gloria mundi!*

DICIEMBRE.

EL TURRON.

De mes de las aperturas calificábamos en nuestra revista anterior al pasado noviembre, en atención á las muchas é importantes que en él tuvieron lugar: por la razon contraria pudiéramos muy bien apellidar al que acaba de transcurrir mes clásico de las cerraduras y finiquitos.

Con efecto, y en prueba de nuestra asercion, bastará recordar que en él se ha cerrado la representacion nacional, concluyendo con un tercer acto, ó mas bien ligero epiflogo, su trabajoso drama de 1851.—Cerráronse además las velaciones matrimoniales con la primer semana de adviento, dando lugar á los novios á saborear *la luna de miel* sin la misteriosa y emblemática imposicion de la coyunda matrimonial.—Cerráronse despues los tribunales, las cátedras y estudios públicos y privados, los talleres, la Bolsa; y hasta las puertas de la eternidad para una buena parte del vecindario, que á impulsos del rigoroso cierzo se dejó conducir á pasar las Pascuas al otro barrio:—verificados todos los cuales cierres, el viejo despiadado de las alas y la segur, sacó las llaves del año de gracia 1851, y encargó á

San Silvestre que le cerrase á las doce en punto de la noche; con lo cual al abrir de nuevo nuestros cerrados ojos nos encontramos de súbito en pleno 1852.

Pero en cambio de tantas cerraduras, que hacen aparecer al mes de diciembre cargado de pestillos y candados, todavía se han abierto en él á las fundadas esperanzas de la patria los gratos horizontes de un risueño porvenir. Y dicho se está que semejante apertura es para consolar con creces de los cerramientos de cabo de año.

El natalicio de la augusta PRINCESA heredera del trono español, ha sido, pues, el verdadero acontecimiento que realza para nosotros el mes de diciembre de 1851: y combinada su halagüeña sensación con el regocijo y festiva solemnidad con que la Iglesia celebra en estos días la conmemoración de otra Natividad mas alta, ha acabado por borrar en todos los ánimos la siniestra memoria de anteriores desmanes, é imprimir á la última década del mes, esa fisonomía propia, cordial, alegre y bulliciosa que la distinguen en todos los pueblos de la cristiandad.

Además del carácter religioso, sublime y de evangélica alegría que lleva consigo el recuerdo de tan augusto misterio, reúne, como es sabido, para nosotros, otras circunstancias profanas que contribuyen poderosamente á hacer de la Pascua de Navidad una verdadera fiesta popular. —En ella recordamos y celebramos, no solamente la terminación del año, sino también la entrada del nuevo; los *strenu* que los antiguos romanos consagraban á Strinuo, diosa de la fuerza, con ramos simbólicos y mutuos obsequios el primer día del año, y los *etrennes* con que los pueblos modernos festejan igual día, se han reasumido entre nosotros en el no menos antiguo *aguinaldo* ó *aguinaldo*, que según el filólogo Corvarrubias, trae su origen de la voz griega *quininaldo* (que vale tanto como regalar

el día del natalicio), ó cuando menos de la árábica *guineldum*, que espresa simplemente el acto de regalar;—pero sea de esto lo que quiera, lo cierto es que ambas costumbres, los *estrenos* y el *aguinaldo*, son entre nosotros una misma cosa, y para probarlo (si ya en el hecho no estuviese probado) bastaría recordar el dicho de un célebre autor que hace ya dos siglos escribía: «*y por ser á cuatro días de mi llegada día de año nuevo, cobré mi aguinaldo de los señores de aquella corte.*»

De todos modos, y sea cualquiera su origen, terrible cosa es la tal costumbre para aquel desdichado que está sometido á la dura é inexorable del *paganismo*.—Y ¿quién no es *pagano* en esta tierra clásica de la cristiandad?—La publicacion oficial hecha en estos mismos días por la *Gaceta* del presupuesto de mil y doscientos millones y pico, nos sirve de *memento* para consolarnos con la idea de que la mayoría de los españoles nos acompaña en esta triste calamidad.—Además, y para complemento de aquella, sufrimos en estos días otros impuestos ó contribuciones indirectas (aunque tampoco votadas en Cortes), cuales son los que á pretexto de Pascuas de Navidad hay que dedicar al médico, al abogado, al notario, al agente, á los dependientes y criados, al barbero, al sereno del barrio, al cartero, al repartidor de los diarios, á la lavandera, y á todo bicho viviente de la sustancia agena.

Esto es lo que en el lenguaje alegórico se denomina *aguinaldo*, ya sea ó se presente bajo la forma de pavos ó capones, ya bajo la de vajillas de plata ó de barriles de malvasía; ora se disfrace en el elegante vestido de terciopelo y de *chíné*, ora tome la simbólica figura de billete de palco del teatro Real; ya, en fin, se transforme en prolongados cartuchos de centenes isabelinos, ora se convierta en peseta reformada, ó tosca moneda de diez céntimos de fábrica segoviana.—

Pero hay sobre todo una materia que por la casi generalidad de su aplicacion para este caso representa emblemática y perfectamente este agasajo general; esta materia (ya lo habrán conocido nuestros lectores) es el *turron*; comprendiendo bajo este título las dulces elaboraciones de Toledo y Zaragoza, de Jijona y Alicante, de Valencia, Vitoria, Barcelona y Madrid.—En ella, pues, vienen á convertirse gran parte de los mutuos obsequios de la época; para ella disfrutan, como es justo, los funcionarios públicos un reparto oficial, una paga las viudas y cesantes, una gratificacion los servidores subalternos, para que todos acudan á sacrificarla en aras de la deidad.

Este ídolo dominante del mes, tiene tambien su significacion en todo el año, y en el lenguaje moderno sirve de emblema á las gracias y favores cortesanos, á los empleos y honores, á la participacion, en fin, del presupuesto nacional.—Y si como ha sucedido en el mes que nos toca historiar, un acontecimiento plausible viene á reforzar la devocion al *turronismo*, viene á despertar las esperanzas de los adeptos (*quorum infinitus est numerus*), viene, en fin, á destapar el cuerno de Amaltea en las mil abiertas bocas que reclaman sueldos y emolumentos, bandas y cruces, fajas y capisayos, puede inferirse la algarabía y el bisbiseo que se habrá armado en el tal mes, esperando diariamente que hable la *Gaceta* para saber á punto fijo quién ha merecido aquellos dones en gracia del real alumbramiento, quién ha logrado ingresar ó ascender en el sacerdocio del dios *Turron*.—Entretanto los que nada esperamos de la fiesta, andamos muy entretenidos calculando cuánto nos habrá de costar la música; *duda* de que en verdad saldremos muy luego con la publicacion de la *Guia de forasteros* (los forasteros somos los no comprendidos en ella).

Pero dejando á un lado esta materia que forma la índole especial y dulcísima del mes, y continuando nuestra plácida revista matritense, quisiéramos encontrar otros materiales ú objetos con que hacerla interesante; mas por mucho que fatigamos nuestra memoria, no hallamos cosa que de contar sea, suponiendo que no entran en nuestra jurisdiccion ni los teatros y diversiones públicas, que han desplegado en la última quincena todos sus recursos para cobrar el aguinaldo de la poblacion entera; ni las reuniones y sociedades privadas que en tal época son de cajon; ni las intrigas y peripecias caseras á que ellas dan lugar; ni las bodas en proyecto; ni los corazones en infusion; ni las pragmáticas de las modas invernales de 1882, ni los comentarios políticos de 1881.—Tampoco queremos por hoy ocuparnos en las vicisitudes de la atmósfera, que como es uso y costumbre en tales días, se ha mecido agradablemente entre los 1 y 5 por bajo de Reaumur, amenizado el todo con las ventiscas de Somosierra, y blanqueando nuestra heroica villa con las nieves del Guadarrama, con gran contentamiento de los cocheros de plaza, de los aficionados al besugo, de los músicos festeros, de los médicos, sacristanes y enterradores.

Pero como, en fin, nuestro deseo consiste en hallar algo de que hablar, y ya está visto que nó nos lo brinda el mes, habremos de retrotraer nuestra crónica matritense del último del año á todos los anteriores, para ver si topamos por acaso materia digna de alabanza en punto á mejora material de nuestra villa.—Por desgracia la administracion se ha dado tanta prisa á no hacer nada en todo el año, que aun ampliada á todo él tendrá que ser negativa nuestra reseña: quiere decir, que en lugar de consignar lo que se ha hecho, tendremos que limitarnos á indicar simplemente lo que se ha dejado de hacer.

Cabalmente al final de los años anteriores, y cuando la poblacion de Madrid estaba acostumbrada á ver emprendidas ó realizadas muchas obras y reformas importantes, tuvimos el placer de reseñarlas, dando á sus promovedores el justo tributo de alabanza: no podemos pues prescindir del triste deber de consignar nuestro disgusto, por no hallar medios de consignar en este año igual testimonio de nuestra imparcialidad y gratitud.

Todo Madrid recuerda que en dichos años, y especialmente (seamos justos) en los de 1848 al 50, se verificó en la policía urbana y en el aspecto material de esta villa una completa y favorable trasformacion.—A los señores conde de Vista-hermosa y marqués de Santa Cruz, que se hallaron en aquellos años al frente de la administracion local y del Ayuntamiento, cabe la mayor parte de la gloria de aquellas utilísimas reformas, y los mismos murmuradores de ellas, que hoy disfrutan sus beneficios, no pueden menos de hacer justicia á aquella administracion.

Durante dicha época se llevó á cabo la difícil reforma del sistema de limpiezas:—se planteó en el mismo estado que le vemos el alumbrado de gas;—se adoptó y planteó el empedrado de adoquines, trasformando de un modo inmejorable las calles principales de la villa;—se abrieron nuevos paseos y caminos, y se aumentó en ellos y en las plazas y calles anchas el arbolado;—se rotularon los faroles primero y último de cada calle para servir de guia á los forasteros, durante la noche;—se fijaron en las esquinas cubetas urinarias;—se colocó en la Puerta del Sol un nuevo reloj, y delante del Buen Suceso la placeta de asfalto y una gran farola de gas;—se emprendieron rompimientos de nuevas calles en el Barquillo, que han dado lugar á la construccion de muchos y hermosos edificios

en aquel distrito;—se llevó á cabo la completa transformacion del pavimento de la Plaza Mayor, y se colocó en el centro la estatua de Felipe III.—Igualmente se hizo la costosa y útil obra de la Cuesta de la Vega, la del Dos de Mayo, la de la Plaza de Bilbao, la valla del Prado, y otras parciales en los edificios de la Villa, Panadería, Almacenes, Pósito y Casas Consistoriales;—se reconstruyó, puede decirse, de nuevo, el edificio del Saladero con destino á cárcel de Villa;—se abrieron y levantaron varias fuentes públicas;—y por una combinacion feliz coincidieron con todas estas obras de la villa otras aun mas importantes del gobierno, como fueron en el año último la del teatro Real (que dió motivo á la formacion simultánea de una magnífica barriada contigua), la del Palacio del Congreso, la del teatro Español, la de la nueva Bolsa y la del ferrocarril de Aranjuez.—El Real Patrimonio contribuyó por su parte espléndidamente á esta série de mejoras, continuando con celo las reales obras de Palacio, jardines y plaza de Oriente; y los particulares rivalizaron igualmente con la administracion, construyendo en aquellos tres años mas de cuatrocientas casas elegantes, y aun magníficas algunas.

Al mismo tiempo que todas estas reformas materiales, se llevaban á cabo otras administrativas.—Se formaban, discutian y publicaban las ordenanzas de policia urbana:—el reglamento interior del Ayuntamiento, y los de las cárceles, mataderos y teatros;—se terminaba el gran Plano de Madrid, levantado á costa del Ayuntamiento, por una comision de ingenieros;—se hizo una excelente estadística de la villa; se planteó un servicio de coches de plaza, que tanta falta hacia;—se adoptaba el de carros cubiertos para la conduccion de carnes;—se estableció la guardia municipal de caballería, y se formaban, discutian y apro-

baban otros cien proyectos de pública utilidad y sucesiva aplicacion.

Ahora bien, ¿qué se ha hecho de aquel entusiasmo de la municipalidad matritense, ó por lo menos, que resultados positivos ha ofrecido á nuestra alabanza en todo el año de 1851?—Por mas que quisiéramos consignarlos aquí, no recordamos ninguno, si no es que ya tuviéramos por tales el por lo menos dudoso beneficio de la reforma de los serenos ó vigilantes nocturnos, y unos cuantos faroles de gas con que nos ha obsequiado esta Noche-buena.—Por lo demás, ni se ha llevado á cabo como estaba convenida y escriturada la adopcion general de este alumbrado á todas las calles de la poblacion; ni se ha continuado el empedrado de adoquines; ni se ha mejorado el ramo de limpiezas, ni el arbolado, ni los caminos; ni se han aumentado las aguas; ni se han terminado las obras de la Cuesta de la Vega y de la Plaza; ni se han emprendido las proyectadas en la puerta de Atocha, en las de Segovia, Santa Bárbara y Fuencarral; ni se han construido nuevas fuentes; ni se han subastado los mercados cubiertos de la plazuela de la Cebada y los Mostenses; ni se han abierto nuevas alcantarillas; ni se ha hecho el proyectado matadero.—Tampoco se ha llevado á cabo la formacion de las ordenanzas de construccion, ni mejorado las de policia urbana, ni creado la compañía de bomberos y arreglado el servicio de los incendios, ni otras infinitas necesidades, todas reconocidas, todas previstas, discutidas, y propuestos ya los medios de su posible reparacion.—Para todas ellas ha trascurrido inutilmente el año de 1851, y eso que algunas, como la de incendios y la de aguas, han hecho sentir en este año su apremiante exigencia, que no se satisface con proyectos remotos, ni con nuevas comisiones, ni con añadir ojas inútiles á espedientes ya de robustas formas,

y de clásica y venerable antigüedad.—¡Quiera el cielo que en la revista de diciembre de 1852 (si nos toca hacerla) tengamos que ser menos severos, y entregarnos á nuestra inclinacion natural de dispensar elogios y parabienes, siempre que hallamos motivos de combinarlos con la justa imparcialidad!

ENERO.

EL AÑO NUEVO.

En todos los pueblos, desde la mas remota antigüedad, ha sido y es celebrado el primer dia del año con espresivas demostraciones, símbolo de la fraternidad que debe unir á la especie humana; y á decir verdad que ningun dia parece mas propio para esta clase de recuerdos de reconciliacion y de ternura, que aquel en que el giro del planeta que habitamos marca una nueva época en el período de los siglos y en la edad breve de la vida humana.

No hablaremos aquí, por miedo de que se nos achaquen deseos de ostentar una pedantesca o trivial erudicion, ni de los pueblos orientales del Celeste Imperio, de las Indias, de la Asiria, Persia, Arabia y Egipto, en todos los cuales se celebraba con grande aparato esta solemnidad; ni de los griegos y romanos, que tenian deidades y sacrificios consagrados á ella; ni de los antiguos gaulas que se hacian en semejante dia simbólicos regalos de ramas de encina al son del cántico *Au qui l' an neuf* (cuyas espresiones pueden ser acaso el verdadero origen de la voz *aguinaldo* ó *aguinaldo*), ni en fin, de nuestros propios antepasados, de

quienes hay motivos para creer que imitaron ó siguieron aquella costumbre.

Baste á nuestro propósito consignar, que aun en los pueblos modernos existe, y que no sabemos por qué causa solo ha caído en desuso en el nuestro. En Inglaterra, en Alemania, en Italia, en Francia, en toda la Europa, en fin, ya con festividades religiosas, ya con públicos regocijos, cordiales y mútuas felicitaciones, el dia de *año nuevo* es el mas celebrado y espresivo; la Iglesia le dedica sus mas solemnes pompas; los monarcas y sus córtes sus recepciones y fiestas oficiales; los pueblos sus regocijos privados, sus festines de familia, sus mútuos agasajos y parabienes.

Solo entre nosotros pasa como desapercibido entre las fiestas pascales el dia que abre la nueva era; y á no ser por celebrar en él la Iglesia el misterio de la Circuncision de N. S. J., y conmemorarse con este motivo el sagrado nombre de *Enmanuel*, tan comun entre los españoles, pudiera decirse que en nada se diferenciaría de los demás dias del año, nada que le distinguiese y diese relieve en el curso de nuestra vida social.

Otra costumbre antigua, tambien muy autorizada en el extranjero, especialmente entre nuestro vecinos los franceses, es la ceremonia, igualmente halagüeña y filosófica, que celebran en los banquetes privados el dia de la Epifanía, con el nombre de *La torta de los Reyes*.—Reúnense pues en tal dia las familias y sus amigos en alegre festin, á cuyo final es de rigor el que haya de servirse un gran pastel ó empanada, dentro del cual se encierra un grano de haba: dividido el tal pastel en tantas partes iguales como son los convidados, y despues de cubrirle con una servilleta, y darle muchas vueltas para evitar preferencias ó trampas, se reparte á cada cual uno de los trozos, al son de una cancion alusiva á la fiesta, que todos entonan;

y aquel en cuyo trozo se encuentra el haba, es declarado con grandes ceremonias *rey de la fiesta*, tiene que elegir entre los concurrentes sus consejeros y ministros, ordenar los compadrazgos, las reconciliaciones, los agasajos mútuos, y al domingo siguiente convidar á toda la sociedad á otro banquete para dar fin y abdicar en sus manos aquel reinado feliz.

Déjase desde luego conocer el objeto tierno y moral de esta sencilla fiesta, de esta graciosa y patética costumbre, que mereció las siguientes líneas de Chateaubriand en su obra inmortal del *Genio del Cristianismo*.

«Los corazones sensibles (dice aquel sublime escritor) no recuerdan sin enternecimiento aquellas horas de inocente entusiasmo en que las familias se reunian en torno del pastel que traia á la memoria los presentes de los Reyes Magos al hijo de Dios. El abuelo, retirado durante todo el año en el interior de su cuarto, aparecia este dia como el astro del doméstico hogar: sus nietecillos que desde muchos dias antes no hablaban ni soñaban mas que de la haba misteriosa, saltaban á las rodillas del viejo, y reanimaban con sus caricias la espresion de su fisonomía secular. Todas las frentes radiaban de alegría, todos los corazones rebotaban de cordialidad; la sala del festin estaba decorada é iluminada; los circunstantes vestian aquel dia su trage mas vistoso, y entre el choque de las copas y el humear de los manjares, se proclamaba al son de alegres cánticos al rey de la fiesta, se levantaba un cetro pacífico que solo para hacer felices habia sido inventado. A veces una superchería mal disimulada, una trampa inocente, designaba por reyes con grande algazara á la jóven hija de la casa ó al hijo del vecino recientemente arribado del ejército ó de la universidad: estos dichosos monarcas, ruborizados de su *casual* advenimiento al trono, no sabian

qué hacer de su elevada dignidad; las madres y los parientes brindaban á su salud; el cura del lugar, presenté por lo regular á la fiesta, consagraba su union; y concluida la comida, rompian un baile instintivo, cordial, é interminable, en que el abuelo, los nietos, las madres, los hermanos y los domésticos tomaban parte al son de un violin des-templado, ó de un instrumento pastoril.»

Algo de esta fiesta íntima se conserva todavía entre nosotros las vísperas de año nuevo y de los Reyes en la graciosa lotería ó juego de suerte para sacar *compadres* ó *estrechos*, que se celebra en muchas familias aun no reñidas con los antiguos usos; pero las estrambóticas coplas que con el nombre de *Motes nuevos para damas y galanes* sirven hace acaso un siglo para acompañar á aquel juego, para poetizar aquella prosáica estraccion, han muerto por el ridículo una costumbre que sin duda alguna tuvo en sus tiempos un origen noble, y ofreció en ellos un espectáculo halagüeño.—Y que es ya antigua nos lo dicen varios de nuestros autores, y aun algunos de ellos, como Hurtado de Mendoza, Solís y otros, no desdeñaron incluir en sus obras poéticas algunos de aquellos viejos epigramas, por supuesto muy diferentes de la sándia entonacion de los *Motes nuevos*.

Tambien en igual noche de los Reyes se verifica en muchas de nuestras poblaciones, y en Madrid especialmente, otra extravagante y mal tolerada farsa, que consiste en el engaño mas ó menos efectivo ó simulado de los pobres asturianos ó gallegos reciénvenidos, cuya supuesta ignorancia les hace servir de juguete á los pilluelos de la córte, bajo el pretesto de llevarlos á *esperar á los Reyes Magos*, que han de venir aquella noche, repartiendo dones á todo el que encuentren.—Y si no fuera por lo repugnante que es siempre el ver convertido en objeto de ludi-

brio á un ser mas ó menos racional, seguramente que el espectáculo de tantos cándidos mozallones ridículamente ataviados con esteras y coronas, con enormes escaleras al hombro, y sendos hachones en las manos, seguidos de la turba vocinglera de los embromadores, y dando ahullidos, saltos y cabriolas, no dejaria de ser chistoso; pero lo peor es, que esta soez é irracional costumbre suele concluir con los descalabros y quimeras que todas las diversiones de la plebe; así que no tiene ningun motivo de alabanza, ni aun de disculpa, ni por su origen, ni por su objeto, ni por sus resultados, y haria bien el gobierno en no tolerarla mas.

Otra barbaridad semejante (aunque mas disfrazada con un santo objeto) se verifica tambien en este mes de enero, con motivo de la fiesta de San Antonio Abad, que celebra la Iglesia á 17 del mismo; y es la romería ó paseo de *las vueltas*, cerca de la iglesia de aquel santo anacoreta.—Consiste esta costumbre en sacar muy enjaezadas las caballerías á pretesto de conducir las á probar la cebada bendita suministrada por los padres escolapios de San Antonio; y como ellas no van solas, sino montadas por sendos ginetes, y estos en vez de cebada, usan por la misericordia divina de otros alimentos mas espirituosos, de aquí la necesidad de que la tal carrera de las vueltas se halle cubierta de tiendas y puestos improvisados con todo género de menudrugs y guijarros de colores, bautizados con el nombre de *Panecillos del Santo*; toda clase de líquidos mas ó menos inocentes, decorados con los epítetos de vino manchego, rosolis y anisetas; así como tambien que los pedestres bípedos de todos los sexos posibles que encierran en su seno los fecundos barrios de Lavapiés, el Rastro, y Maravillas, se trasladen en tal dia á la angosta y prolongada calle de Hortaleza, para servir de primer término á aquel estrambótico cuadro, de objeto á aquella algazara, de

blanco de aquellos tiros, coces, y saludos; de coro en fin digno de aquella rueda infernal.—Por fortuna las luces del siglo han eliminado de ella el paseo de los cerdos, que (sea dicho con perdon) constituian en el pasado cierto privilegio de los padres de San Anton, y que no solo este dia, sino todos los del año inundaban, ensuciaban y ensordecian las calles de la villa; de ellos solo hemos alcanzado á ver en nuestros tiempos el individuo ú ejemplar que se rifa en la Puerta del Sol á beneficio de la Inclusa, y conocido aun con el nombre de *El cochino de San Anton*.

Hé aquí pues todas las *novedades* que nos ha ofrecido Madrid en el mes de enero del año de gracia 1852; porque por viejas que sean, aun no lo son tanto como las pulmonías y congestiones que en estas vecindades del Guadarrama hacen su asiento en el dichoso mes; ni como los intentos de motines de que tambien tuvimos en él algunas muestras; ni como las intrigas cortesanas y las ambiciones políticas que han dominado constantemente como afecciones endémicas del pais; ni como los robos domésticos, los ejercicios de navaja, los desafíos de fonda, los tapetes verdes, los incendios, los atropellos, los petardos, y las multas y exacciones de que estamos en posesion en este y los demás meses del año los heróicos habitantes de la villa muy leal.—*Nihil novum sub sole*; nada pues ha habido de nuevo en Madrid; nada sino el año, y el uso del papel sellado hasta para los abanicos de caña ó los libritos de fumar.

FEBRERO.

DRAMA HORRIBLE.—DIVERTIDO SAINETE.

Un drama... un terrible é imponente drama ocupa el mes que termina, y le hará memorable no solo en los fastos madrileños, sino en la historia de la nacion española. Y puesto que ni la índole de nuestro periódico ni nuestro propio carácter nos inclinen á tratar de los sucesos políticos contemporáneos, careceríamos no solo del título de españoles, sino hasta del dictado de hombres, si habiendo de reseñar nuestra modesta crónica mensual de febrero, prescindiéramos de un suceso de tal magnitud, de tan gigantescas proporciones, que le ocupa todo, y que formará del año 1852 época tan señalada en la historia nacional.

El cuadro primero de este drama colosal, representado el 2 de febrero, pudiera llevar por epígrafe ó título: «LA REINA y LA MADRE.»—Una jóven hermosa, una madre tierna, una reina augusta, amable y adorada de sus pueblos, aparece en el primer término del cuadro, rodeada de todo el esplendor del trono, adornada con la corona y las joyas de dos mundos, radiante de belleza, de alegría y de ternura; acompañada de su esposo, de su madre y sus her-

manos; seguida de toda su corte; aclamada por todo un pueblo, y llevando en sus brazos maternas el primer fruto logrado de su tálamo real; que va á presentar en el templo del Altísimo á la heredera de cien reyes; que va á rendir gracias al Ser Supremo por el beneficio que la ha dispensado al concedérsela.—Los cánticos sagrados de la Iglesia se mezclan y confunden á su vista con el armónico sonido de la marcha real española, con el estruendo de la artillería, con las fervientes aclamaciones del pueblo fiel y entusiasmado.—Cubren el suelo que han de pisar sus plantas, ricas alfombras y flores aromáticas; blancas palomas y parleros pajarillos esperan á su paso recobrar la libertad para ir á remotos climas á llevar la noticia feliz; el incienso y el aroma humean ya en los altares del Ser Supremo, que se hallan magníficamente decorados para la piadosa visita de la humana magestad: el pueblo hinche las calles y paseos del tránsito; las tropas militares cubren la carrera; los balcones y ventanas están ricamente tapizados; las campanas redoblan con alegre sonido; y Madrid entero presenta un conjunto inesplicable, un cuadro gigantesco de animacion, de alegría y de entusiasmo.

En un instante (¡ instante fatal é inconcebible!) aquel magnífico y solemne cuadro habia cambiado: aquel ruido y movimiento de agitacion se hacia convertido en estupor, en ansiedad universal; aquellas músicas, aquellas voces, aquellos vivas, aquellos cánticos, aquel estruendo marcial, habian dado lugar á un sepulcral silencio; aquella reina, en fin, aquella madre, aquella hermosa jóven habia desaparecido de la escena, y yacía en el lecho del dolor; habia visto salpicado de su propia sangre su magnífico régio manto; habia sentido en su maternal seno el agudo y frenético puñal de un asesino... Este, pues, con su figura lívida, con su aspecto patibulario, opuesto al de aquel ángel de bon-

dad, ocupaba el término primero de este segundo cuadro, y escribía en él con sangre preciosa este horroroso epígrafe: «EL REGICIDA.»

Arrancado difícilmente á la indignacion y á la ira del pueblo, preso y aherrojado en oscuro calabozo, aguardando por momentos escuchar la sentencia fatal que le condenaba á una oprobiosa muerte, ese hombre (mal decimos), ese aborto de la humana especie, ostenta el cinismo de un alma sin Dios y sin conciencia; desafía osado á la espada de la ley, y burla y escárnece el aspecto de la muerte y la perspectiva de la eternidad.—¿Este hombre era un mónstruo; era un frenético, era una aberracion singular y única de la humanidad?—Al Supremo Hacedor, que ya le habrá juzgado, queda reservado este profundo misterio; á las leyes humanas tocaba hacer justicia con arreglo á los principios del sentido comun; tocaba librar á la sociedad de un monstruo inconcebible, anatematizar con el castigo tamaño atentado, satisfacer con la muerte del malvado el justísimo horror y la indignacion universal.—Y en tanto que por una parte ofrecia su negro aspecto tan horrible cuadro, si volvemos los ojos á la victima augusta, pidiendo el perdon de su verdugo; si los fijamos ante el inmenso pueblo postrado al pié de los altares, derramando lágrimas de ternura, y orando piadosamente por la vida de su madre y de su Reina, ¡qué espectáculo admirable y consolador, qué compensacion tan espléndida no hallaremos para borrar la mancha que un hombre, que un español, que un ministro indigno del altar se atrevió á echar en las páginas de nuestra historia, limpia hasta ahora de esta clase de crimen!

El malvado, el mónstruo, el regicida, concluyó su existencia en afrentoso patíbulo, á los cinco dias y á la misma hora en que cometió su alevoso atentado. La reina, la ma-

dre, la hermosa señora recobró por la misericordia divina su preciosa salud; el pueblo leal y piadoso vió dichosamente escuchadas sus plegarias; y el llanto y los clamores tornáronse en himnos de gracias y en cánticos de alegría.

«LA REINA Y EL PUEBLO ESPAÑOL.» Hé aquí el título propio de este tercero y último acto del drama; para tratarle como merece necesitábamos la pluma de Tácito, la trompa épica del Tasso ó la lira de Píndaro y de Herrera. Todo lo que la imaginacion mas fecunda puede idear de bello, de grande, de sublime; todo lo que el corazon mas ardiente puede inspirar de tierno y de patético, no es comparable con la cordial alegría, el entusiasmo y popular delirio de un pueblo numeroso, apasionado, y herido materialmente en la persona de su reina y de su madre, vuelto á la vida, á la esperanza y al contento por la infinita bondad del Ser Supremo.—Al lado de su ferviente anhelo, en comparacion de su sincero enternecimiento á la vista de la real carroza en que se encerraban los sagrados objetos de su veneracion y su cariño, ¿qué son el aparato magestuoso, el séquito brillante, la magnífica decoracion de aquella marcha triunfal? ¿Qué los arcos y columnas; qué los alcázares y temples alegóricos, qué las iluminaciones, las músicas y los fuegos al lado de aquel mágico cuadro, en que una reina de catorce millones de súbditos, en que una madre cariñosa, en que una hermosa matrona, en cuyo augusto semblante brillan á un tiempo la magestad, la ternura y la belleza, entre las oleadas del pueblo, entre las brillantes filas de guerreros, entre la nube de palomas y de flores que cubrian la atmósfera ó tapizaban el suelo, entre el ruido de la artillería y el repicar de las campanas, ahogados por las férvidas aclamaciones de la multitud, atravesaba lentamente su heróica capital desde el alcázar régio

hasta el pié del altar de la Reina de los cielos, de la augusta Patrona de los monarcas españoles?

Para pintar convenientemente tan asombroso y simpático cuadro, no hay colores bastantes en el pincel, para trazar tan sublime suceso, no hay fuerza suficiente en la pluma de la historia. Podrán, si, ambos, como ya lo han hecho, dejar consignada la descripción de los festejos reales, la decoración de las calles y paseos, los monumentos triunfales, las orquestas, los fuegos, luminarias, y las demás demostraciones materiales que el gobierno y el pueblo han preparado en breves días para dar á la augusta ceremonia un suntuoso aparato; pero lo principal de ella, lo que no se pinta, lo que no se describe es el armonioso conjunto de alegría, de entusiasmo y de ternura popular; la sincera espontaneidad de esta verdadera ovación, única de su especie en el siglo, y que solo puede tener lugar en nuestra España, y de que solo puede ser objeto la persona de su Reina.

Sin poderlo remediar hemos llenado el espacio destinada á nuestra crónica mensual con la consideración del gran suceso que ha absorbido la atención pública en las tres semanas primeras del mes.—La última han venido á ocuparla las farsas y bacanales del carnaval; pero naturalmente desprovistas de prestigio y simpatía, como suele acontecer á las gracias insulsas ó chocarreras de un mezquino sainete, tras las profundas y verdaderas emociones de un patético drama.—En vano los empresarios de las mil y una sociedades danzomanas anunciaban desde principios del mes anterior la llegada del carnaval, y revelaban en inmensos carteles y pintorescos programas las gratas combinaciones que tenían dispuestas para regocijar á sus suscritores y concurrentes.—El carnaval no venia, y los

concurrentes no iban á celebrarle.—Pasaron las azarasas circunstancias de la primer semana del mes, y volvieron á enarbolar sus banderolas, tirsos, y cascabeles, *La Juanita, La Silfide, La Minerva, La Floreciente, La Aurora, Los Capellanes, La Madera, La Estrangera, La Vascongada, La Juventud, La Ultima, La Primera, La Segunda*, etc. (hasta diez ó doce docenas de emblemas mas ó menos *polkables*.) —La concurrencia continuaba absteniéndose de concurrir, esperando indemnizarse gratis con las fiestas reales.—Vinieron estas, y embargaron no solo la atencion de las sociedades, de los directores y de los socios, sino que embargaron las orquestas, y ni el refuerzo de los teatros Real, del Circo, del Instituto etc., pudo hacer ganar terreno á la carátula, hasta que en fin, terminadas aquellas, llegaron los tres dias clásicos de la farsa á indemnizar algun tanto á las empresas de sus gastos y sacrificios; pero esto no tanto que no hayan lamentado la prisa que se dieron á abrir é iluminar sus salones quince dias antes.—Y por si llega á tiempo para otro año, queremos darles un consejo, ó presentarles un ejemplo, que acaso tuviérais cuenta el imitar; y es el de un director de esta clase de diversiones en París, que tuvo el buen sentido de anunciar la serie de sus fiestas en estos términos:—«Habiendo observado que en los primeros bailes suele ser muy escasa la concurrencia, este año se empezará por el segundo.»—Bajo este punto de vista puede decirse que el Carnaval de 1852 no ha empezado propiamente en Madrid hasta las doce de la noche del martes en los salones del teatro de Oriente, y concluirá el domingo en los mismos con el baile de *piñata*, pasando antes el miércoles por la pradera del Canal.—Para otro año aconsejamos á los directores de las empresas, que siguiendo la idea del arriba citado, empezáran los bailes de los dias de carnaval por el del primer domingo de cuaresma.

MARZO.

MEMENTO HOMO.

«Dichosos los pueblos (decía Montesquieu) cuya historia es fastidiosa.»—Si esta observacion es exacta, como nos inclinamos á creerlo, pocos podrán compararse en felicidad con la heroica y coronada villa, por lo menos durante el mes tercero del año de gracia 1852.—Y es que á las terribles peripecias y profundas sensaciones del anterior, ha sucedido en él la calma y tranquila posesion de una situacion normal; á los furiosos huracanes del invierno, las risueñas brisas y el perfumado ambiente de la primavera; á las fiestas reales y á las borrascosas orgías del carnaval, el piadoso recogimiento y la templanza de la santa cuaresma.

Esta apacible y grata trasformacion, si bien nos consuela y satisface á fuer de vecinos honrados, habitantes de la capital, y partícipes á prorata de sus buenas ó malas venturas, nos compromete y aflige bajo el aspecto de cronistas mensuales de su vida; por la escasez, por la absoluta carencia de materiales para dar á nuestro obligado ar-

título el menor vislumbre de interés palpitante; del *aliquid latentem* que el curioso lector de LA ILUSTRACION paga anticipado á razón de sendos seis reales al mes.

Pero como no es cosa de responder á su fundada interpelacion con aquella sabida fórmula de los partes militares, «*sin novedad,*» probaremos pues á ingeniarnos en llenar el papel de palabras sin cosa, como los artículos de fondo de ciertos periódicos; de variaciones sin tema, como los discursos de ciertos oradores; de ruido sin armonía, como la mayor parte de lo que ahora ha dado en llamarse *música española*.—Y echando mano por de pronto de aquel socorrido resorte de la conversacion en sociedad, sacaremos á relucir el temporal, y nos entusiasmaremos aparentando la mayor sorpresa al ver brillar de nuevo nuestro esplendente sol, verdear nuestros ateridos campos, jugar y voletear de rama en rama los incautos pajariños, esparcir al viento sus colores y perfume lirios y violetas, crecer las apacibles tardes y menguar las tristes veladas, hasta llegar al perfecto equinoccio (visperas de San José), ostentando, en fin, de nuevo la pródiga naturaleza sus encantos, su juventud y lozanía.

Todo esto en verdad es lo que en el lenguaje hiperbólico se llama *música celestial*, y en términos vulgares suele espesarse por el de *tocar el violon*; tambien pudiera creerse (Dios nos libre) que éramos poetas, y que nos habíamos levantado esta mañanita en son de idilios y pastorelas; pero á todo responderemos lo que nos respondió un autor dramático, mas poeta que filósofo:—«Mis dramas son libretos puestos en música; imágenes de madera revestidas de seda y oropel; pues precisamente por esto agradan y seducen al público: y si los críticos me preguntan ¿qué objeto me propuse en el argumento? les respondo que el de escribir sin él; y si me replican ¿qué es lo que ha pasa-

do en el drama? les respondo que han pasado tres horas, y que nadie las ha echado de menos.»

Consecuencia, pues, de aquella poética entonacion de la atmósfera en el mes que llamó *germinal* la vieja república francesa, ha sido el reverdecer nuestro Prado matritense con las galanas flores del año anterior, y apuntando al mismo tiempo ámplia y pródiga cosecha de nuevas bellezas, única recoleccion,—es verdad,—que brindan á los hijos del oso y el madroño sus áridas campiñas; flores únicas que nacen espontáneas en su Prado concejil.—Pero de estas, es preciso convenir en que es rico de una fecundidad asombrosa, y que la muestra del año ofrece poner en olvido la memoria del anterior.—Recomendamos á los *floricultores* inteligentes, que si quieren convencerse de ello, dediquen un par de horas, de cinco á siete de la tarde, á *herborizar* con los infatigables lentes nari-colgantes por todo el ámbito que se estiende desde el carro de la Diosa de la tierra hasta el del Dios de los mares, entre el pedestal del padre de la poesía y las prosáicas sillas del Prado.

Estas flores delicadas, que durante la cruda estacion germinaron envueltas en sus capullos, ó recogidas en las templadas estufas de salones y teatros, abandonan ya á impulso de la primavera sus invernáculos, y brillan y seducen con sus primores bajo un cielo esplendente y azulado. Abono de sus plantas productoras, á mas del saludable de nuestro ardiente sol meridional, suele ser tambien el gusto y los caprichos de la *Moda*; los elegantes trages y tocados, las magníficas telas y joyería, que para auxilio de la madre naturaleza ofrecen en ámplia coleccion los ricos talleres de madamas *Perrard* y *Bernós*, los copiosos almacenes de la *Villa de Paris*, de *Bruguera* y de *Nicanor*.—Todos estos y otros muchos templos de la diosa, aprestan y preparan sus productos para la grande esposicion de primavera, que se

celebra anualmente en esta capital del católico reino, desde el Jueves Santo á el jueves santísimo del Corpus (ambos inclusive); todos estudian y comentan el programa de la Moda, presidenta nata y directora de la esposicion; todos aspiran á las medallas materiales del premio, si bien renunciando en cambio, y á favor del mismo objeto premiado, el lisonjero galardón del entusiasmo y el encomio públicos.

Aquellas plantas, aquellas flores, así cultivadas, engalanadas y espuestas, darán como es natural sus frutos á debido tiempo, y las crónicas de los meses sucesivos nos proporcionarán sin duda la ocasion de ir consignando sus adelantos, sus triunfos, su ramificacion y entronques con los árboles genealógicos mas primorosos, altivos y venerandos de nuestro plantel.

Ya en el presente mes que nos ocupa ha empezado este misterioso fenómeno creador, y ya en los primeros días de la estacion primaveril han inclinado sus tempranas corolas, han abierto su seno virginal en el altar de la fecundidad, varias de las mas primorosas flores del Prado Madrileño, segun consta bien y fielmente en los registros parroquiales y en las oficinas de la vicaría eclesiástica; y si no lo han hecho todas las demás, no hay que achacarlo por cierto á falta de disposicion y deseos de su parte, sino que hasta ahora no han sido comprendidas sus almas, no ha sido estudiada su forma material, sus gracias, sus dotes, y sus ricos tesoros de ternura.—Pero ellas trabajarán por conseguirlo, y siguiendo el sagrado precepto del *crešcite et multiplicamini*, estudiando las benéficas leyes y los sistemas económicos que tratan del fomento de la poblacion, harán que la de nuestra heróica villa reciba el año próximo el contingente de aumento que es la primera condicion de su mejora material.